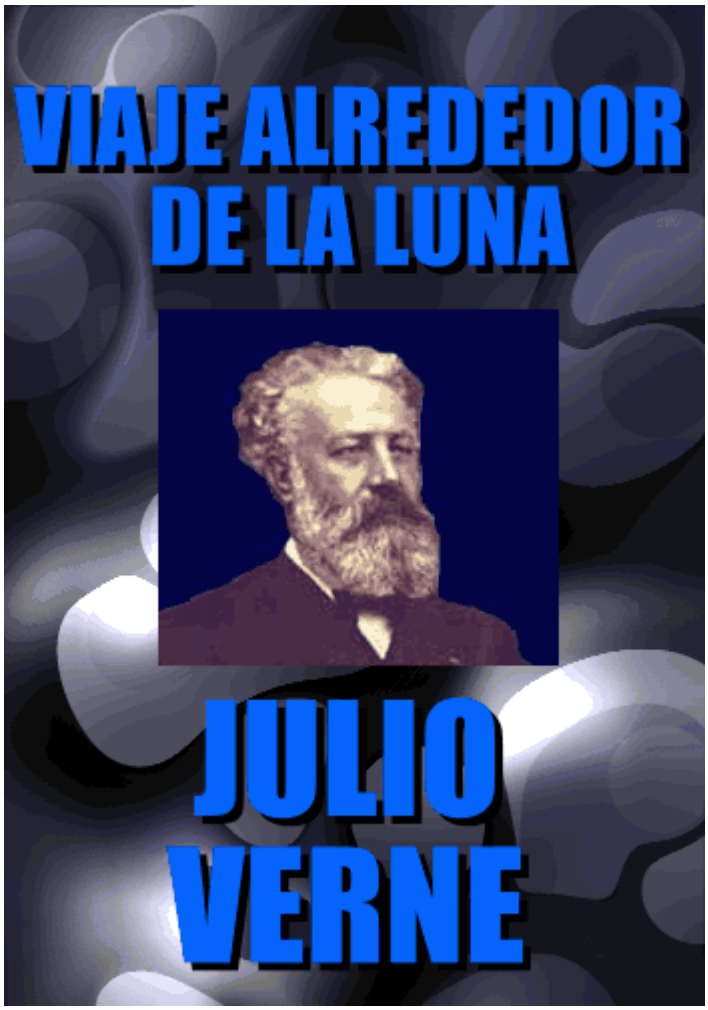
LIBRO dot.com

VIAJE ALREDEDOR DE LA LUNA

JULIO VERNE



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I

LA BALA SALE AL ESPACIO

Cuando llegó la hora (diez de la noche), los tres viajeros se despidieron de la multitud de amigos que allí había acudido. Los dos perros que les acompañaban (idea de Ardán), destinados a ser aclimatados en los continentes lunares, ya se hallaban encerrados en el proyectil. Los valientes viajeros se acercaron a la boca de aquel enorme tubo de hierro fundido y mediante una grúa volante, se les hizo descender hasta el vértice cónico del proyectil. Una abertura, que tenía esa finalidad, les permitió entrar al interior del vagón de aluminio, es decir, a la bala del "Columbiad". Desmontados los aparejos de la grúa, se desmontaron también los andamios que rodeaban la boca del cañón. La suerte estaba echada.

Apenas Nicholl, junto a sus compañeros, se vio en el interior del proyectil, se ocupó de cerrar la abertura por la cual habían ingresado con ayuda de una gran plancha sujeta por dentro con poderosos tornillos de presión. Otras planchas, sólidamente adaptadas a ese efecto, sirvieron para cubrir los cristales lenticulares de los tragaluces. De este modo, encerrados en forma hermética en su prisión de metal, los viajeros se encontraron sumidos en la más profunda oscuridad.

—Ahora, queridos compañeros —dijo Miguel Ardán—, hay que proceder como quien está en su casa; yo soy un hombre muy casero, y mi fuerte es el arreglo de las habitaciones. Es preciso sacar el mejor partido posible de nuestra vivienda, y encontrar comodidades en ella. ¡Ante todo, tengamos luz! ¡Qué diablos!

Y diciendo así, el alegre francés encendió una cerilla y la acercó a la llave de un recipiente lleno de hidrógeno carbonado sometido a una elevada presión y en cantidad suficiente para suministrar luz y calor por espacio de ciento cuarenta y cuatro horas, o sea seis días con seis noches.

Encendió el gas, y el proyectil, iluminado, ofrecía el aspecto de una habitación bastante decente, con las paredes cubiertas de un tapiz acolchado, divanes circulares alrededor y techo abovedado.

Las armas, los útiles, los instrumentos y demás objetos que contenía, iban sujetos al tapiz almohadillado, y podían sufrir sin riesgo el choque de la salida. Se habían tomado, en fin, todas las precauciones humanamente posibles para llevar a feliz término aquella temeraria tentativa.

Miguel Ardán lo examinó todo y se manifestó satisfecho de su disposición.

—Es una prisión —dijo—, pero una prisión que viaja; y, con la condición de poder asomar la nariz a la ventana, no tendría inconveniente en hacer el contrato de arrendamiento por cien años. ¿Por qué te ríes, Barbicane? ¿Qué piensas? ¿Qué esta prisión puede ser nuestro sepulcro?

Mientras Miguel Ardán hablaba, Barbicane y Nicholl hacían los últimos preparativos.

Cuando los tres viajeros se encerraron definitivamente en el proyectil, el cronómetro de Nicholl marcaba las diez y veinte.

Aquel cronómetro estaba arreglado a la décima de segundo con el del ingeniero Murchisson. Barbicane lo consultó.

—Amigo —dijo—, son las diez y veinte. A las diez y cuarenta y siete, Murchisson lanzará la chispa eléctrica sobre el hilo que comunica con la carga del "Columbiad", y en ese momento abandonaremos nuestro planeta; todavía nos quedan veintisiete minutos de permanencia en la Tierra.

—Pues bien —exclamó Miguel Ardán en tono alegre—, en veintiséis minutos se pueden hacer muchas cosas. Se pueden discutir las más graves cuestiones de moral y de política, y hasta resolverlas. Veintiséis minutos bien empleados, velen mucho más que veintiséis años sin hacer nada.

—¿Y qué deduces de eso, charlatán? —preguntó el prudente Barbicane.

—Deduzco que tenemos veintiséis minutos —respondió Ardán.

—Veinticuatro solamente —respondió Nicholl.

—Veinticuatro, si te empeñas, querido capitán —respondió Ardán—. Veinticuatro minutos durante los cuales se podría profundizar...

—Miguel —dijo Barbicane—, durante la travesía que vamos a iniciar tendremos tiempo de sobra para profundizar las cuestiones más arduas. Ahora ocupémonos de lo relativo a nuestra partida.

—¿No estamos ya dispuestos?

—Sin duda; pero hay que tomar todavía algunas precauciones a fin de atenuar en lo posible el efecto del primer choque.

—¿No tenemos esos almohadones de agua dispuestos entre les paredes movedizas, y cuya elasticidad nos protegerá?

—Así lo espero, Miguel —respondió Barbicane—, pero no estoy enteramente seguro.

—¡Vaya! ¡Qué buen chiste! —exclamó Miguel Ardán—. Y aguardas el momento que estamos encerrados para hacer esta lastimosa confesión. Pienso que quiero marcharme.

—¿Y cómo te las arreglarías —preguntó Barbicane.

—¡Es verdad! —dijo Miguel Ardán—. Es difícil. Estamos en el tren, y el silbato del conductor va a sonar antes de veinticuatro minutos.

—Veinte —dijo Nicholl.

Los viajeros se miraron unos a otros durante algunos instantes. Después, como si nada hubiera ocurrido, se pusieron a examinar los objetos encerrados con ellos.

—Todo está en su sitio —dijo Barbicane—; ahora hay que pensar cómo nos colocaremos para soportar mejor el primer choque. La posición que adoptemos es cosa de gran importancia, porque es necesario evitar en lo posible el que nos afluya la sangre a la cabeza.

—Justamente—dijo Nicholl.

—Entonces —agregó Miguel Ardán, disponiéndose a hacer lo que decía—, pongámonos cabeza abajo, como los clowns del Greet Circus.

—No juegues —dijo Barbicane—, es mejor que nos tendamos de lado; así es como mejor resistiremos el choque. Hay que tener presente que en el momento de partir el proyectil, el hallarnos dentro de él viene a ser poco más o menos lo mismo que si estuviéramos delante.

—El "poco más o menos" es lo que me tranquiliza.

—¿Apruebas mi idea, Nicholl? —preguntó Barbicane.

—Enteramente —respondió el capitán—; todavía falten trece minutos y medio.

—Este Nicholl no es un hombre —exclamó Miguel—, es un cronómetro.

Pero sus compañeros no le escuchaban, y tomaban sus últimas disposiciones con admirable sangre fría. Parecían dos viajeros metódicos, que se encuentren en un coche ordinario y tratan de acomodarse lo mejor que pueden.

Dentro del proyectil se habían dispuesto tres camas blandas y sólidamente aseguradas, como todo lo que iba allí. Nicholl y Barbicane las colocaron en el centro del disco que formaba el piso movible; en ellas debían acostarse los viajeros pocos momentos antes de partir.

Entre tanto, Ardán, que no podía estarse quieto, daba vueltas en su estrecha prisión como une fiera en su jaula, hablando con sus amigos, o con los perros, "Diana" y "Satélite", a los cueles, como puede apreciarse, había bautizado con nombres significativos y en armonía con la expedición de que formaban parte.

—¡Hola, "Diana"! ¡Hola, "Satélite"! ¡Vamos a ver si les enseñen a los perros selenitas los buenos modales de los perros terrestres! Esto hará honor a la raza canina. ¡Caramba! Si alguna vez volvemos a la Tierra quiero traer conmigo un tipo cruzado con "perro lunar", que estoy seguro hará furor.

—Si es que hay perros de la Luna —repuso Barbicane.

—Los hay, sin duda —aseguró Miguel. Ardán—, como hay caballos, vacas, asnos y gallinas. Apuesto, desde luego, a que encontramos gallinas.

—Cien dólares a que no las encontramos —dijo Nicholl.

—Apostados, mi capitán —respondió Ardán, apretando las manos de Nicholl—. Y a propósito, tú has perdido ya tres apuestas con nuestro presidente, puesto que se han reunido los fondos necesarios para la empresa, que se ha hecho bien la fundición y, en fin, que el "Columbiad" ha sido cargado sin accidentes; total, seis mil dólares.

—Sí —respondió Nicholl—; las diez y treinta y siete minutos y seis segundos.

—De acuerdo, capitán; antes de un cuarto de hora tendrás que dar nueve mil dólares más al presidente; cuatro mil porque el "Columbiad" no reventará, y cinco mil porque el proyectil se elevará a más de nueve kilómetros y medio.

—Estoy preparado —respondió Nicholl, poniendo una mano en el bolsillo de su levita—, y no deseo más que pagar.

—Vamos, Nicholl, ya veo que eres hombre ordenado, cosa que nunca he podido ser. Pero, en resumidas cuentas, me permitirás que te diga que has hecho una serie de apuestas poco ventajosas para ti.

—¿Y por qué? —preguntó Nicholl.

—Porque si ganas la primera, es señal de que habrá reventado el "Columbiad", y con él la bala, y Barbicane no se hallará en situación de reembolsarte.

—Mi apuesta se halla depositada en el Banco de Baltimore —respondió simplemente Barbicane—, y a falta de Nicholl, serán sus herederos los que le perciban.

—¡Ah, hombres prácticos! —exclamó Miguel Ardán—. ¡Espíritus positivos! Los admiro, aunque no los comprenda.

—¡Las diez y cuarenta y dos! —dijo Nicholl.

—¡No faltan más que cinco minutos! —respondió Barbicane.

—¡Sí! ¡cinco breves minutos! —replicó Miguel Ardán—. ¡Y estamos encerrados en una bala, y en el fondo de un cañón de trescientos metros! ¡Y debajo de esta bala hay 181 mil kilos de algodón pólvora que valen por 724 mil kilos de pólvora común! Y el amigo Murchisson, con el cronómetro en la mano, la vista fija en la aguja y el dedo en el aparato eléctrico, cuenta los segundos, y va a lanzarnos a los espacios interplanetarios...

—¡Basta, Miguel, basta! —dijo Barbicane gravemente—. Preparémonos; sólo nos faltan unos cuantos instantes para el momento supremo; las manos, amigos míos.

—¡Sí! —exclamó Miguel Ardán, más conmovido de lo que aparentaba.

Y los tres animosos compañeros se abrazaron estrechamente.,

—¡Dios nos asista! —dijo el religioso Barbicane.

—Miguel Ardán y Nicholl se tendieron en las camas dispuestas en el centro del disco.

—¡Las diez y cuarenta y siete! —murmuró el capitán.

—¡Veinte segundos todavía!

Barbicane apagó rápidamente el gas y se tendió cerca de sus compañeros.

En seguida reinó un silencio profundo, interrumpido únicamente por el sonido del cronómetro, que marcaba los segundos.

De repente se produjo un choque espantoso, y el proyectil, impulsado por seis mil millones de litros de explosivo, se elevó en el espacio.

CAPITULO II

MÁS ALLÁ DEL SONIDO

¿Qué había ocurrido? Ese terrible choque, ¿qué efectos había producido en el vagón—proyectil? Los ingeniosos constructores de él ¿habían visto coronados con éxito sus esfuerzos? Todo este despliegue de resortes, obturadores, las almohadillas de agua y los tabiques elásticos, ¿habían conseguido amortiguar el golpe del disparo del "Columbiad"? El ser humano, ¿había logrado controlar la fuerza de ese impulso inicial de once mil metros por segundo, suficiente para cruzar de París a Nueva York en unos pocos minutos? Preguntas como éstas eran las que se hacían los testigos que, por miles, habían presenciado el lanzamiento del proyectil.

Para la mayoría de los presentes, la preocupación giraba en torno a los pasajeros de ese proyectil. más que en el objetivo del viaje. J. T. Maston, por ejemplo, de haber podido asomarse al interior del proyectil, ¿qué es lo que hubiere visto?

En un primer momento no habría visto nada; la oscuridad en el interior era total. Las paredes del proyectil habían resistido el disparo sin que les causara el menor destrozo, abertura o deformación. El magnífico proyectil había pasado con éxito la prueba, dejando pasmados a quienes habían sostenido que la fricción de la salida del "Columbiad" iba a derretir el aluminio y esperaban una lluvia de aluminio líquido.

En cuento a los objetos que llevaba en su interior el proyectil, no parecían mayormente afectados; la mayoría había resistido muy bien el choque y se encontraban firmes en sus asideros, que estaban intactos. Sólo algunos habían sido lanzados contra la bóveda.

¿Y los viajeros? Sobre el disco flotante, que había sido empujado hacia el fondo del proyectil después de que cedieron los tabiques elásticos y se había salido el agua, se veían tres cuerpos inmóviles. ¿Respiraban todavía o aquel proyectil se había convertido para ellos en un féretro de metal que les llevaba de paseo por el espacio?

Algunos minutos después del despegue, el primero de los tres cuerpos se movió, estiró sus brazos, levantó la cabeza y finalmente se puso de rodillas. Era Miguel Ardán, que se palpaba minuciosamente; luego, lanzó un suspiro e hizo sonar su voz pare proclamar:

—Miguel Ardán está entero; vamos a ver a los demás.

Y el entusiasta francés quiso levantarse, pero no lo consiguió; su cabeza daba vueltas, y sus ojos, inyectados de sangre, no veían; parecía un hombre ebrio.

—¡Demonios! —dijo—. Me ha hecho el mismo efecto que dos botellas de Corton, pero sin el placer de haberlas bebido.

En seguida se pasó la mano por la frente y frotándose las sienes, gritó con fuerza:

—¡Nicholl! ¡Barbicane!

Esperó un rato con ansiedad y al no obtener respuesta, ni siquiera un suspiro que indicara que el corazón de sus amigos seguía latiendo, volvió a llamarlos; pero continuó el mismo silencio.

—¡Diablos! —dijo—. ¡Parece que hubieren caído de un quinto piso cabeza abajo! ¡Vaya! —añadió con su confianza imperturbable—. Si un francés ha podido ponerse de rodillas, dos americanos bien podrían ponerse de pie. Pero, ante todo, veamos lo que hacemos.

Ardán sentía que poco a poco iba recobrando la vida; su pulso se calmaba y su sangre recobraba su circulación acostumbrada. Haciendo nuevos esfuerzos, consiguió ponerse de pie y mantenerse en equilibrio; se levantó, encendió una cerilla, y la acercó al mechero. Entonces pudo asegurarse de que el recipiente que lo contenía no había sufrido ningún desperfecto, ni el gas se había salido; lo cual, además, ya se lo habría revelado el olor, y, en tal caso, tampoco habría podido encender la luz sin peligro porque el gas, mezclado con el aire, habría formado una mezcla detonante cuya explosión habría acabado lo que la sacudida habría podido haber comenzado.

Cuando tuvo encendida la luz, Ardán se acercó a sus compañeros, cuyos cuerpos estaban uno sobre otro como masas inertes, Nicholl encima y Barbicane debajo.

Ardán cogió a Nicholl, lo incorporó, lo recostó sobre un diván y empezó a darles friegas vigorosamente. Por este medio, practicado con inteligencia, consiguió reanimar al capitán, que abrió los ojos, recobró instantáneamente su sangre fría, tomó la mano de Ardán y mirando luego a su alrededor:

—¿Y Barbicane? —preguntó.

—Ya le llegará el turno —respondió tranquilamente Miguel Ardán—. He empezado por ti, que estabas encima; vamos:

Ardán y Nicholl levantaron al presidente del Club del Cañón y lo colocaron sobre el diván. Barbicane no parecía haber sufrido más que sus compañeros; se veía que había perdido sangre, pero Nicholl se convenció pronto de que aquella hemorragia provenía de una herida leve en el hombro. Barbicane, sin embargo, tardó algún tiempo en volver en sí, lo cual no dejó de sobresaltar a sus compañeros, que continuaban dándole friegas sin cesar.

—Sin embargo, respira —dijo Nicholl, acercando su oído a la cara del presidente.

—Sí —respondió Ardán—, respira como el que tiene costumbre de hacerlo todos los días; frotemos, Nicholl, frotemos sin cesar.

Y los improvisados enfermeros lo hicieron con tanta perfección que Barbicane recobró el sentido, abrió los ojos, tomó la mano a sus amigos y formuló su primera pregunta:

—¿Avanzamos Nicholl?

Nicholl y Ardán se miraron, recordando que no habían pensado en el proyectil, porque su primer pensamiento había sido para sus compañeros y no el vehículo.

—¡Buena pregunta! ¿Marchamos? —repitió Miguel Ardán.

—¿O reposamos tranquilamente sobre la tierra de Florida? —preguntó Nicholl.

—¿O en el fondo del golfo del México? —añadió Miguel Ardán.

—¡Vaya una idea! —exclamó el presidente Barbicane.

Y aquellas extrañas opiniones de sus compañeros le devolvieron sus sentidos de inmediato.

De todos modos, no podían afirmar nada acerca de la situación del proyectil, pues su aparente inmovilidad y le falta de comunicación con el exterior no permitían esclarecer la situación. Tal vez el proyectil desarrollaba su trayectoria por el espacio; tal vez después de una corta ascensión, había vuelto a caer en tierra o en el golfo de México, lo cual no era imposible, debido a la poca anchura de la península floridana.

El caso era grave, el problema era de interés, y urgía resolverlo.

—Veamos primero dónde estamos —dijo Ardán—. Abramos les escotillas.

Lo hizo así y un triple grito de júbilo se produjo en el interior de la cápsula.

—¡No hemos caído a Tierra!

—¡Ni a las profundidades del golfo de México! ¡Ved las estrellas!

—¡Hurra!

—Abramos el tragaluz del lado contrario —propuso Barbicane, accionando el dispositivo que corría las planchas metálicas.

En el mismo instante le llamó la atención un objeto brillante que, al parecer, se aproximaba con rapidez vertiginosa.

—¿Cómo? ¿ Otro proyectil? —exclamó Ardán.

Barbicane, nada respondió. Se encontraba sorprendido y alarmado. El objeto iba agrandándose por momentos, conforme la distancia entre ambos era menor, hasta que de pronto desapareció tras la cara oculta de la Luna.

—Creo que ya sé de qué se trata —explicó Barbicane—. Es un bólido enorme retenido por la atracción de la Tierra y convertido en su satélite.

La viva claridad lunar iluminaba el proyectil en su interior y los audaces viajeros observaban el espacio con creciente interés.

Las estrellas parecían multiplicadas y con una luz azulada y muy brillante.

—¿Dónde está la Tierra? —preguntó Ardán.

Barbicane le hizo sitio junto al tragaluz, diciendo:

—Ahí la tienes.

En efecto, la gran esfera de la Tierra aparecía bajo una luz irreal.

—Parece como una media luna argentada.

—Pero se divisan las sombras de los continentes.

Barbicane dijo de pronto:

—No hemos oído la detonación del "Columbiad".

Era cierto y todos se propusieron resolver el enigma. Pero mientras tanto, los tres viajeros permanecían con la vista en la Tierra, en tanto el proyectil se alejaba de ella con rapidez uniformemente decreciente. Una somnolencia irresistible invadía sus cerebros. ¿La producía el cansancio físico? ¿El agotamiento moral?

—Parece que todos tenemos sueño —dijo Miguel Ardán—. Podíamos descansar.

—Bien pensado —replicó Nicholl.

Antes de dirigirse a su lecho, el francés se fue al lugar donde había acondicionado las gallinas, sin que sus compañeros se enteraran. Se hallaban en perfectas condiciones. Por el contrario, en el compartimento especial donde iban los dos perros, uno de ellos apareció conmocionado. Debía haberse golpeado la cabeza contra la bóveda en el momento del lanzamiento.

—Esperemos que se recobre —dijo Ardán, disponiéndose a curar la. herida del animal—. De lo contrario no sé qué podríamos hacer con él.

No llevarían dormidos más de un cuarto de hora cuando Barbicane se levantó bruscamente y, despertando a sus compañeros, gritó con voz formidable:

—¡La encontré! ¡La encontré!

—¿Pero qué diablos has encontrado? —preguntó Ardán, saltando del lecho.

—¡La causa que nos impidió oír la detonación del "Columbiad"!

—¿Y es...? —quiso saber Nicholl.

—No la oímos porque nuestro proyectil partió con velocidad muy superior a la del sonido.

Después de escuchar esta curiosa, aunque muy exacta y precisa explicación, los tres navegantes volvieron a dormirse profundamente. ¿En qué lugar podían haber hallado un dormitorio más tranquilo y estable? En ninguna parte.

De modo que el sueño de los tres viajeros, cuyos nervios habían sido sometidos a grandes pruebas en las últimas horas, hubiera podido prolongarse en forma indefinida, de no haberles despertado un ruido absolutamente insólito en aquel lugar. Esto ocurrió alrededor de les 7 de la mañana del día 2 de diciembre; o sea, ocho horas después de la partida.

Aquel ruido era un ladrido perfectamente reconocible.

—¡Los perros! ¡Son los perros! —exclamó Miguel Ardán, incorporándose de inmediato.

—Tienen hambre —dijo Nicholl.

—¡Ya lo creo! —respondió Miguel—, nos habíamos olvidado de ellos.

—¿Dónde están? —preguntó Barbicane.

Los buscaron y los encontraron, a uno escondido bajo el diván. Espantado y anonadado por el choque inicial, había permanecido en aquel escondrijo hasta que recobró la voz y el hambre.

Era la pobre "Diana", bastante atemorizada todavía, y que salió de su escondite, no sin hacerse rogar, a pesar de que Miguel Ardán la animaba con sus caricias.

—¡Bueno! —dijo Barbicane—, pero, ¿dónde está el otro?

—No debe estar lejos —respondió Ardán—. ¡"Satélite", toma, "Satélite"!

Pero "Satélite" no aparecía, y "Diana" continuaba quejándose. Sin embargo, no estaba herida y se le sirvió una torta apetitosa que puso fin a sus ayes.

En cuanto a "Satélite", parecía perdido, y fue necesario buscarlo largo rato, hasta que se le encontró en uno de los compartimientos superiores del proyectil, a donde había sido lanzado por el choque. El pobre animal se hallaba en un estado lastimero.

—¡Diablos! —dijo Miguel—; aquí podemos ver ya comprometida nuestra aclimatación.

El infeliz perro, que se había roto la cabeza contra la bóveda y que parecía difícil pudiera curarse, fue bajado con cuidado. Lo tendieron sobre un almohadón, y allí exhaló un quejido.

—Nosotros te cuidaremos —dijo Miguel—; somos responsables de tu existencia.

En seguida dio un trago de agua el herido, que le bebió con avidez.

Pero el interés de los viajeros estaba en observar atentamente la Tierra y la Luna. La Tierra no aparecía ya sino como un disco ceniciento que terminaba en un arco luminoso más estrecho que la víspera; pero su volumen era todavía enorme, comparado con el de la Luna que se acercaba cada vez más a un círculo perfecto.

—¡Demonios! —dijo entonces Miguel Ardán—. Siento no haber partido en el momento de haber Tierra llena, es decir cuando el globo se hallaba en oposición con el Sol.

—¿Por qué? —preguntó Nicholl.

—Porque habríamos visto bajo un aspecto nuevo nuestros continentes y nuestros mares. Desearía haber visto esos polos de la Tierra, donde no ha llegado la mirada del hombre.

En aquel preciso momento, el proyectil salía del cono de sombra proyectado por el globo terrestre, y los rayos del astro brillante fueron a herir directamente el disco inferior del proyectil.

—¡El Sol! —exclamó Miguel Ardán.

—Sin duda —respondió Barbicane—, ya lo esperaba.

En efecto, bajo la influencia de aquellos rayos cuya temperatura y brillo no templaba ninguna atmósfera, el proyectil se calentaba y recibía una luz como si hubieran pasado súbitamente del invierno al verano. La Luna por un lado y el Sol por otro, lo inundaban con sus resplandores.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo Nicholl.

—¡Ya lo creo! —exclamó Miguel Ardán—. Con un poco de tierra vegetal extendida sobre nuestro planeta de aluminio, haríamos crecer guisantes en veinticuatro horas; no temo más que una cosa, y es que se puedan fundir las paredes del proyectil.

—No tengas cuidado, amigo mío —respondió Barbicane—. El proyectil ha sufrido una temperatura mucho más elevada mientras atravesaba las capas atmosféricas.

Mientras hablaba, Barbicane se entretenía en ordenar cosas, como si nunca debiera salir de él, e inspeccionaba todo al interior del proyectil.

Se recordará que aquel vagón aéreo tenía en su base una superficie de dieciocho metros cuadrados. Tenía cuatro metros de altura hasta el vértice de su bóveda; se hallaba distribuido hábilmente en todo su interior, y los instrumentos y utensilios de viaje se hallaban perfectamente acomodados cada uno en un sitio especial, de manera que los tres viajeros podían moverse dentro con entera soltura. El grueso cristal fijo en una parte del fondo podía sostener sin peligro un gran peso. Así, Barbicane y sus compañeros andaban sobre él como sobre un piso sólido; pero el Sol, que lo hería con sus rayos directos, iluminando por abajo el interior, producía efectos de luz muy singulares.

Terminada la inspección a satisfacción de todos, cada cual volvió a observar el espacio por las ventanas laterales y a través del cristal inferior.

El espectáculo continuaba siendo el mismo; toda la extensión de la esfera terrestre hormigueaba en estrellas y constelaciones de un brillo maravilloso que hubiera vuelto loco de gozo a un astrónomo. Por un lado el Sol, como la boca de un horno encendido, presentaba su disco deslumbrador sin aureola y destacándose en el fondo negro del cielo. Por el otro, la Luna les enviaba sus rayos reflejados, y aparecía como inmóvil en medio del mundo estelar. Después, una mancha bastante oscura, marcaba el sitio de la Tierra.

Los observadores no podían apartar sus miradas de aquel espectáculo tan nuevo, del que no podría dar idea ninguna descripción. ¡Qué de reflexiones les sugirió! ¡Cuántas emociones desconocidas despertó en sus almas! Barbicane quiso comenzar la relación de su viaje bajo el efecto de aquellas impresiones, y anotó hora por hora todos los hechos que marcaban el principio de su empresa, escribiendo tranquilamente con su letra grande y su estilo un tanto comercial.

CAPITULO III

A VELOCIDAD INSUFICIENTE

La primera noche transcurrió sin ningún incidente digno de mencionar, en el entendido de que se emplee aquí le palabra "noche" en un sentido particular, porque la posición del proyectil, en su relación con el Sol, no cambiaba y desde un punto de vista astronómico, en la parte inferior del proyectil era siempre de día, mientras que en la parte superior era de noche. En lo que al presente relato se refiere, esas dos palabras, "día" y "noche" se refieren al tiempo que transcurre entre el amanecer y la puesta del Sol en la tierra y no a otra cosa.

En cuanto a los viajeros, su sueño fue mucho más tranquilo. La velocidad del proyectil, pese a ser enorme, no se notaba; más bien parecía flotar en el espacio enteramente inmóvil.

Barbicane y sus compañeros encerrados en el proyectil podían creerse en reposo absoluto, y el efecto habría sido el mismo aunque se hallaran en lo exterior. A no ser por la Luna, que aumentaba en volumen delante de ellos, y por la Tierra, que disminuía detrás, podían jurar que flotaban en la más completa inmovilidad.

Un ruido alegre, pero inesperado en la mañana del 3 de diciembre, les despertó: era el canto de un gallo. Miguel Ardán, que despertó el primero, trepó hasta lo alto del proyectil y cerró una caja entreabierta.

—¿Quieres callar? —dijo en voz baja—. ¡Este animal va a hacer fracasar mis proyectos!

Sin embargo, Nicholl y Barbicane se habían despertado también.

—¿Qué es eso? ¿Un gallo aquí? —dijo Nicholl.

—No, amigos míos —respondió Miguel—, soy yo, que he querido despertarlos con ese canto campestre.

Y lanzó un sonoro quiquiriquí del más arrogante gallo.

Los dos americanos no pudieron menos que reír.

—Vaya una habilidad —dijo Nicholl, mirando a su compañero con aire perspicaz.

—¿Sabes, Barbicane, en qué he estado pensando toda la noche? —dijo Miguel, cambiando de conversación.

—No —respondió el presidente.

—En nuestros amigos de Cambridge; ya debes haber observado que soy completamente ignorante en las cosas matemáticas, por lo cual me es imposible adivinar cómo nuestros sabios del Observatorio han podido calcular la velocidad que debería llevar el proyectil al salir del "Columbiad" para dirigirse a la Luna.

—Querrás decir —replicó Barbicane— para llegar a ese punto donde se equilibran y anulan las atracciones terrestre y lunar, porque desde ese punto, situado aproximadamente a los nueve décimos del trayecto, el proyectil caerá en la Luna simplemente en virtud de su peso.

—Me alegro muchísimo —respondió Miguel—, pero, lo repito, ¿cómo se ha podido calcular la velocidad inicial?

—Nada más fácil —respondió Barbicane.

—¿Has podido tú hacer el cálculo? —preguntó Miguel Ardán.

—Sin duda —respondió Barbicane—; y ahora lo he estado recalculando y he descubierto que...

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido Miguel Ardán.

—¿Qué pasa? Pasa que el Observatorio de Cambridge nos ha dicho que bastaba conseguir una velocidad inicial de once mil metros por segundo y...

—¿Y qué? —preguntó Nicholl.

—¡Que partimos con una velocidad insuficiente, pues se necesitaba una velocidad de dieciséis mil quinientos setenta y seis metros por segundo!

—¡Lo que significa...

—¡Que no llegaremos al punto de equilibrio!

—¡Santo Dios!

—Ni siquiera a la mitad del camino.

—¡Mil rayos! —exclamó Miguel Ardán, saltando como si el proyectil estuviera a punto de chocar con el globo terrestre.

—¡Y caeremos otra vez en la Tierra!

Le revelación cayó como un rayo en el círculo de los tres viajeros, quienes se miraban en silencio. Habían pasado las horas y nadie pensaba en comer. Barbicane observaba a través del cristal, con los dientes apretados, las cejas contraídas y los puños cerrados convulsivamente; la vista perdida en el espacio. Nicholl no se cansaba de repasar los cálculos.

De repente, el capitán hizo una reflexión que se dirigía a Barbicane.

—¡Sin embargo —dijo—, son las siete de la mañana; hace treinta y dos horas que partimos; hemos recorrido más de la mitad de nuestro trayecto, y no caemos, que yo sepa!

Barbicane no respondió; pero después de echar una rápida mirada al capitán, tomó un compás que le servía para medir la distancia angular del globo terrestre; en seguida, a través del cristal inferior, hizo una observación muy precisa sobre la inmovilidad aparente del proyectil. Luego se levantó y enjugando el sudor que bañaba su frente, trazó algunas cifras en el papel. Nicholl comprendía que el presidente quería deducir de la medida del diámetro terrestre la distancia del proyectil a la Tierra y lo miraba con extrema ansiedad.

—No —exclamó Barbicane al cabo de algunos instantes—, no caemos. Nos hallemos ya a más de doscientos veinticinco mil kilómetros de la Tierra. Hemos pasado ya del punto donde debía detenerse el proyectil. Seguimos avanzando.

—¿Por qué no habíamos de salir adelante? —dijo Miguel Ardán—. ¿Por qué no hemos de llegar? ¡Nos hemos lanzado; no tenemos obstáculos delante! ¿Por qué nuestro proyectil no he de llegar al punto adonde ha sido dirigido?

—Llegará —dijo Barbicane.

En aquel momento, "Diana" se mezcló en la conversación, lanzando un sonoro ladrido; la pobre pedía su almuerzo.

—¡Ah! —dijo Miguel Ardán—. Con las discusiones, nos olvidamos de "Diana" y de "Satélite".

Inmediatamente le sirvieron un excelente almuerzo a la perra, que lo devoró con gran apetito.

—Ahora se me ocurre —decía Miguel—, que deberíamos haber hecho de este proyectil una segunda Arca de Noé y llevar a la Luna una pareja de cada especie de animales domésticos.

—Es posible —replicó Barbicane—, pero hubiere faltado espacio.

—¡Vaya! —dijo el otro, estrechándose un poco.

—La verdad es —respondió Nicholl— que el buey, la vaca, el toro, el caballo, todos estos rumiantes, nos hubieran sido muy útiles en la Luna. Por desgracia, este cohete no podía convertirse en cuadra ni establo.

En ese momento, Ardán, que se había inclinado hacia el rincón donde estaba "Satélite", se levantó diciendo:

—Señor, "Satélite" ya no está enfermo.

—¡Ah! —dijo Nicholl.

—No —prosiguió Miguel—; está muerto.

—Se nos presenta una complicación —dijo Barbicane—. No podremos conservar el cadáver del perro.

—Desde luego —replicó Nicholl—. Pero los tragaluces están provistos de bisagras; podríamos abrirlos y arrojar el cadáver al espacio.

Tras breves instantes de reflexión, dijo el presidente:

—Lo haremos así, pero adoptando las debidas precauciones, para perder la menor cantidad posible del aire que encierra el proyectil.

Se descorrió el cristal y, con toda rapidez, se arrojó al animal. La prueba sirvió para demostrarles que, en adelante, podrían arrojar sin temor los residuos del vagón.

El día 3 pasó sin suceso alguno digno de anotarse y Barbicane pudo convencerse de que el proyectil continuaba con velocidad decreciente su marcha hacia el disco lunar

El 4 de diciembre, no habían transcurrido más de cinco horas y cuarenta minutos sobre la medida del tiempo calculado para la duración del viaje del proyectil, pero de hecho se hallaban ya casi en siete décimas partes de su travesía. El fenómeno se debía al decrecimiento regular de su velocidad.

Esa mañana, cuanto miraron hacia la Tierra por el cristal interior, ésta se vio apenas como una mancha oscura en medio de los rayos solares. A las doce de la noche siguiente, se vería como la Luna nueva, mientras que la Luna estaría llena. Encima de ellos, el astro de la noche se aproximaba más y más a la línea seguida por el proyectil. Todo indicaba que debían encontrarse en la hora prefijada.

Mirando la bóveda negra que les envolvía, la vieron tachonada de estrellas brillantes que se desplazaban lentamente. Su tamaño aparente no parecía haber experimentado ninguna modificación; el Sol y las estrellas se veían tal cual se ven desde la Tierra. La Luna, en cambio, se veía mucho más grande, pero los anteojos que llevaban los viajeros no les permitieron observar aún ninguna de sus particularidades topográficas o geológicas.

El tiempo transcurría lentamente en el interior de la nave y los navegantes charlaban. Barbicane y Nicholl, siempre serios; Miguel Ardán, siempre con sus bromas originales. Mientras almorzaban, se le ocurrió a este último precisamente una pregunta acerca del proyectil, que provocó de parte de Barbicane una respuesta curiosa y digna de referirse.

Suponiendo que el proyectil se hubiera visto detenido de repente cuando se hallaba todavía animado de su velocidad inicial, Miguel Ardán pretendía saber qué consecuencias hubiera tenido aquella detención súbita.

—Pero yo no sé —respondió Barbicane—, cómo podía detenerse el proyectil.

—Supongámoslo—respondió Miguel.

—Pero si no se puede suponer —replicó el práctico Barbicane—, a no ser que le hubiese faltado la fuerza impulsiva, en cuyo caso su velocidad habría disminuido poco a poco y no de repente.

—Supongamos que hubiera tropezado con algún cuerpo en el espacio.

—¿Cómo cuál?

—Como el enorme bólido que encontramos, por ejemplo.

—Entonces —terció Nicholl—, el proyectil se hubiera hecho mil pedazos, y nosotros con él.

—Algo más que eso —añadió Barbicane—, hubiéramos sido abrasados vivos.

—¡Abrasados! —exclamó Miguel—. ¡Vaya! Casi siento que no haya ocurrido, por verlo. Y, hablando de otra cosa, ¿qué hora es?

—Las tres —respondió Nicholl.

—¡Cómo se pasa el tiempo en las conversaciones de sabios como nosotros! —dijo Miguel Ardán.

Y mientras hablaba, se encaramó hasta la bóveda del proyectil, "para observar mejor la Luna", según dijo. En tanto, sus compañeros examinaban el espacio por el cristal inferior; sin advertir nada digno de notarse. Cuando Miguel bajó de sus alturas, se acercó a un tragaluz lateral y, de repente, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué sucede? —preguntó Barbicane.

El presidente se acercó al cristal y percibió una especie de saco aplanado que flotaba en el exterior; a pocos metros del proyectil. Parecía que estaba inmóvil como éste, y, por consiguiente, debía suponerse que se hallaba animado del mismo movimiento ascensional.

—¿Qué fardo será ése? —repetía Miguel Ardán—. ¿Será algún corpúsculo de esos que vagan en el espacio, que ha sido retenido por la atracción de nuestro proyectil y que irá a acompañarlo hasta la Luna?

—Lo que no comprendo —respondió Nicholl —es cómo el peso específico de ese cuerpo, que seguramente es muy inferior al del proyectil, le permite sostenerse a su mismo nivel.

—Amigo Nicholl —respondió Barbicane después de reflexionar un instante—, no sé qué objeto de ése, pero sé perfectamente por que se mantiene junto al proyectil.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, querido capitán; porque flotamos en el vacío, donde los cuerpos caen o se mueven, que es lo mismo, con velocidad igual, cualesquiera sean su forma y volumen. El aire es el que, por su resistencia, da origen a las diferencias de peso. Cuando por medio de la máquina neumática se hace el vacío en un tubo, los objetos que se han puesto dentro, pajas o plomos, caen todos con igual rapidez. Aquí, en el espacio, la misma causa produce idéntico efecto.

—Es cierto —dijo Nicholl—, y todo cuanto arrojemos fuera del proyectil, le acompañará en su viaje a la Luna.

—¡Ah! ¡Qué necios fuimos! —exclamó Miguel.

—¿Por qué nos tratas de necios? —preguntó Barbicane.

—Porque podíamos haber llenado el proyectil de objetos útiles, como libros, instrumentos, herramientas, etcétera. ¡Los hubiéramos echado fuera, y todo nos hubiera seguido! Pero ahora se me ocurre otra cosa. ¿No podríamos salir nosotros también y lanzarnos al espacio por uno de esos tragaluces? ¡Qué placer tan nuevo debe de ser encontrarse suspendido en el éter; mucho más cómodo que el ave que necesita mover las alas para desplazarse!

—Es verdad —dijo Barbicane—, pero ¿cómo nos arreglaríamos para respirar?

—¡Maldito aire que falta en tan buena ocasión!

—Y si no faltara, amigo Miguel, como tu densidad es inferior a la del proyectil, te quedarías atrás en un momento.

—¿Y es forzoso permanecer encerrados en el proyectil?

—No hay más remedio.

—¡Ah! —exclamó Miguel dando un grito.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nicholl.

—¡Ya sé lo que es ese supuesto bólido! ¡No es un asteroide, ni un fragmento de planeta!

—¿Qué es, entonces —preguntó Barbicane.

—¡Nuestro pobre perro, el marido de "Diana"!

En efecto, aquel objeto deforme, imposible de reconocer; reducido a la nada, era el cadáver de "Satélite", aplastado como una bota vacía, y que subía por el espacio obedeciendo al movimiento del proyectil.

CAPITULO IV

UNA EMBRIAGUEZ DESCONOCIDA

Los viajeros fueron testigos, entonces, de un fenómeno curioso y extraño, aunque perfectamente explicable y lógico: todo objeto que fuese lanzado al exterior del proyectil, seguiría la misma trayectoria que éste y no se detendría a menos que el proyectil se detuviese. La observación de esta curiosidad científica dio motivo a una animada conversación que les consumió toda la noche, sin que ninguno de los tres navegantes sintiese el menor cansancio.

Además, los tres estaban conscientes de que se acercaban al final de su temerario viaje y era lógico que la emoción fuese aumentando con el transcurso de las horas. Así como habían visto uno, esperaban ver otros fenómenos imprevisibles, totalmente nuevos para los terrícolas. Por ello se hallaban en una disposición de ánimo tal, que nada podía sorprenderles. De hecho, la imaginación sobreexcitada de los viajeros viajaba más adelante que ellos y a mayor velocidad.

Y si mencionamos la velocidad, bueno es recordar que, sin que ellos se diesen cuenta, la velocidad del proyectil disminuía de manera notoria, pero en cambio, veían crecer la Luna ante sus ojos y con ello se olvidaban de todo. Ya casi podían alcanzarla con la mano, pensaban.

Al día siguiente, con apenas unas horas de sueño, ya estaban en pie los tres amigos. Ése debía ser el último día de viaje: era el 5 de diciembre. Si los cálculos habían sido realizados con exactitud, esa misma noche, a las doce, es decir; alrededor de dieciocho horas más tarde, se produciría el plenilunio y ellos tocarían el suelo resplandeciente del satélite de la Tierra.

De modo que desde temprano por la mañana, cada uno instalado ante los tragaluces, que relucían plateados con el reflejo de los rayos lunares, saludó a su manera a la Luna con grandes exclamaciones en las que se mezclaban la alegría y la seguridad de llegar hasta ella.

La Luna avanzaba majestuosamente por el firmamento estrellado, faltándole ya muy pocos grados que recorrer para llegar al punto preciso del espacio en que debía encontrarse con el proyectil. Según sus propias observaciones, Barbicane calculó que llegarían al satélite por su hemisferio boreal, donde se extienden inmensas llanuras casi desprovistas de montañas, circunstancia favorable, si la atmósfera lunar se hallaba acumulada en las partes bajas, como era su creencia.

—Por otra parte —añadió Miguel Ardán—, una llanura es un sitio de alunizaje mucho más a propósito que una montaña. Un selenita que llegara a la Tierra en la cumbre del Mont Blanc o del Himalaya, podría decirse que no había llegado.

—Una llanura —añadió el capitán Nicholl—, en un terreno llano, el proyectil quedará inmóvil en cuanto llegue; en una pendiente rodaría como una avalancha, y

como nosotros no somos ardillas, dudo que saliéramos sanos y salvos. De manera que todo va a pedir de boca.

"No tanto", pensaba Barbicane. Aunque el éxito de la audaz tentativa no parecía dudoso, había una reflexión que preocupaba al presidente quien, no obstante, la guardó para sí para no inquietar a sus compañeros.

La dirección del proyectil hacia el hemisferio norte de la Luna probaba que su trayectoria había sufrido cierta modificación: el tiro, matemáticamente calculado, debía llevar la bala al centro mismo del disco lunar. Si no llegaba allí, era señal de que había desviación. ¿Qué la había producido? Barbicane no podía explicárselo, ni determinar la importancia de aquel fenómeno, porque faltaban los puntos de mira. Confiaba en que no tendría más consecuencia que llevarlos hacia el borde superior de la Luna, región más favorable para la llegada.

Barbicane, sin comunicar estas inquietudes a sus amigos, se limitó a observar la Luna con frecuencia, procurando ver si la dirección del proyectil se modificaba. Porque la situación sería desesperada si el proyectil erraba el blanco y pasaba más allá del disco lunar; lanzándose a los espacios interplanetarios.

En aquel momento, en lugar de parecer plana, la Luna ya dejaba percibir su convexidad. Si el Sol la hubiese tocado en forma oblicua habrían podido distinguirse muy bien las sombras proyectadas por sus altas montañas, así como las bocas de sus cráteres, y las caprichosas ranuras que surcan sus llanuras extensas. Apenas se divisaban esas grandes manchas que dan a la Luna el aspecto de un rostro humano.

Miguel Ardán decía entretanto:

—Lo siento por la amable hermana de Apolo, que tiene el rostro lleno de viruelas.

Los viajeros, tan cerca ya de su objetivo, no se cansaban de observar aquel nuevo mundo.

Aquel último día les dejó recuerdos palpitantes, y anotaron hasta los menores detalles. A medida que se acercaban al fin del viaje, se apoderaba de ellos una vaga inquietud, que hubiera sido mucho mayor si hubieran sabido cuán escasa era su velocidad, la cual sin duda les habría parecido insuficiente para llegar al punto deseado. Y era porque en ese momento el proyectil casi no pesaba ya. Su peso disminuía en forma continua y debía reducirse a cero en aquella línea donde, neutralizándose, las atracciones terrestre y lunar habían de producir efectos sorprendentes.

A pesar de la emoción vivida, Miguel Ardán no se olvidó de preparar el desayuno con su habitual puntualidad. Comieron con muy buen apetito un excelente caldo preparado a la llama del gas, y unas carnes en conserva, rociadas con buenos tragos de vino de Francia. A propósito de esto, Miguel señaló que los viñedos lunares, calentados por el sol ardiente, debían producir vinos generosos, siempre que existieran, por supuesto. De todos modos, el previsor francés no se había olvidado de llevar unas cuantas de aquellas preciosas cepas del Medoc y de la Cote d'or; que pensaba aclimatar en la Luna.

En la nave, en tanto, el aire se mantenía en estado de pureza perfecta, gracias a la máquina diseñada para ello. En cuanto al oxígeno, decía el capitán Nicholl, "era seguramente de primera calidad".

Para que el aparato que hacía posible esta maravilla funcionara con regularidad, era preciso cuidar de que se mantuviera en buen estado; por lo tanto, todas las mañanas Miguel Ardán examinaba los reguladores de salida, probaba las llaves y arreglaba en el pirómetro el calor del gas. Todo marchaba bien hasta entonces, y los viajeros empezaban a adquirir cierto aspecto rotundo que los hubiera vuelto desconocidos al cabo de unos cuantos meses de encierro. En una palabra, los viajeros hacían lo que los pollos enjaulados: engordaban.

Mirando por los tragaluces, divisó Barbicane los restos del perro y los objetos arrojados fuera del proyectil, que le acompañaban obstinadamente. "Diana" exhalaba melancólicos aullidos al ver los restos de "Satélite", que parecían inmóviles como si descansaran en tierra.

—¿Saben ustedes, amigos míos —comentó Miguel Ardán—, que si uno de nosotros hubiera sucumbido al golpe de la salida, los demás se hubieran visto apurados para enterrarle, ya que su cadáver acusador nos habría seguido por el espacio como un remordimiento.

—Hubiera sido una cosa triste realmente —rió Nicholl.

—¡Ah! —prosiguió Miguel—. Lo que yo siento es no poder dar un paseo por ahí fuera. ¡Qué placer sería flotar en ese éter radiante, bañarse, revolcarse en esos rayos puros del Sol! Si Barbicane se hubiera acordado de traer un aparato de escafandra y una bomba de aire, me habría aventurado a salir; y hubiera tomado actitudes de quimera y de hipogrifo en lo alto del proyectil.

—Pues bien, querido Miguel —respondió Barbicane—, no hubieras hecho mucho tiempo el hipogrifo, porque, a pesar de tu traje de escafandra, el aire contenido en tu cuerpo te habría hecho reventar como una bomba, o como un globo que se eleva demasiado en el aire. Así, pues, no sientas nada y ten presente que, mientras flotemos en el vacío, tendrás que privarte de todo paseo sentimental fuera del proyectil.

Miguel Ardán se dejó convencer y la conversación pasó a otro asunto; pero sin decaer nunca; los tres amigos advertían que en aquellas condiciones brotaban las ideas en los cerebros como las hojas de los árboles al primer calor de la primavera.

Entre las preguntas y respuestas que se cruzaban, Nicholl planteó una cuestión que no podía resolverse con facilidad.

—Hasta ahora —dijo—, no hemos tratado sino de ir a la Luna, lo cual está muy bien; pero ¿cómo volveremos?

Sus dos compañeros se quedaron sorprendidos; se hubiera dicho que aquella dificultad se presentaba por primera vez.

—¿Qué quieres decir con eso, Nicholl? —preguntó Barbicane con acento grave.

—Me parece inoportuno —dijo Miguel— pensar en volver cuando no se ha llegado.

—No lo digo porque quiera volver —replicó Nicholl—, pero repito mi pregunta: ¿cómo haremos para regresar?

—No lo sé —respondió Barbicane.

—Y yo —dijo Miguel—, si hubiera sabido cómo iba a volver; no hubiera ido.

—Eso es responder —exclamó Nicholl, molesto.

—Apruebo las palabras de Miguel, y añadiré que la cuestión no tiene interés por el momento. Más tarde, cuando sea oportuno, trataremos el asunto. Si no tenemos el "Columbiad", tenemos el proyectil.

—¿Buen negocio! —exclamó el francés—. ¡Una bala sin fusil!

—¡El fusil —respondió Barbicane— se puede hacer; así como la pólvora! Supongo que no faltarán metales, nitro, ni carbón en las entrañas de la Luna. Además, para volver; no hay que vencer más que la atracción lunar; y basta recorrer 36 mil kilómetros para caer sobre el globo terrestre en virtud de las leyes de la gravedad.

—¡Basta! —dijo Miguel, animándose—. ¡No hablemos más de volver! Demasiado hemos hablado ya. En cuanto a comunicarnos con nuestros colegas de la Tierra, eso no será difícil.

—¿Y cómo?

—Por medio de bólidos lanzados por los volcanes lunares.

—Bien pensado, Miguel —respondió Barbicane en tono de convicción—. Laplace ha calculado que bastaría una fuerza cinco veces superior a la de nuestros cañones para enviar un bólido de la Luna a la Tierra, y no hay volcán que no tenga una potencia impulsiva superior a ésa.

—¡Magnífico! —exclamó Miguel—. Disponemos de factores cómodos y que no costarán nada. ¡Cómo vamos a reírnos de la Administración de Correos! Pero ahora se me ocurre...

—¿Qué se te ocurre?

—¡Una idea soberbia! ¿Por qué no hemos enganchado un hilo a nuestro proyectil? ¡Ahora podríamos cambiar telegramas con la Tierra!

—¡Mil diablos! —replicó Nicholl—. ¿Y el peso de un hilo de 388 mil kilómetros? ¿No lo tomas en cuenta?

—¡Para nada! ¡Se hubiera triplicado la carga del "Columbiad"! ¡Cuadruplicado, quintuplicado! —exclamó Miguel, cuya locuacidad tomaba una entonación cada vez más violenta.

—No hay que hacer más que una leve objeción a tu proyecto —respondió Barbicane—, y es que durante el movimiento de rotación del globo, nuestro hilo se habría arrollado a la Tierra como una cadena al cabrestante y nos habría arrastrado de nuevo hacia ella.

—¡Por las treinta y nueve estrellas de la Unión! —dijo Miguel—. ¡No tengo yo hoy más que ideas impracticables! ¡Ideas dignas de J. T. Maston! Pero ahora se me ocurre, que si nosotros no volvemos a la Tierra, J. T. Maston es capaz de venir a buscarnos.

—¡Oh! ¡Sí! vendría —replicó Barbicane—. Es un digno y valeroso compañero. Además, no hay cosa más fácil. ¿No está el "Columbiad" ahí, abierto en el suelo floridano? ¿Faltan elementos explosivos? ¿No ha de volver la Luna a pasar por el cenit de Florida? Dentro de dieciocho años ¿no volverá a ocupar el mismo sitio que ocupa hoy?

—Sí —repitió Miguel—, sí, Maston vendría, y con él nuestros amigos Elphiston, Blomsberry, todos los miembros del Club del Cañón, y serían bien recibidos. Y más adelante se establecerán trenes–proyectiles entra la Tierra y la Luna. ¡Viva J. T. Maston!

Es probable que si el respetable J. T. Maston no oía las exclamaciones hechas en honor suyo, por lo menos le ardían las orejas. ¿Qué estaría haciendo en aquellos momentos? Sin duda, apostado en las montañas Rocosas, en la estación de Long's Peak, trataba de descubrir el proyectil que gravitaba en el espacio. Si pensaba en sus compañeros, hay que convenir en que éstos le correspondían, y que, bajo la influencia de una exaltación particular; le dedicaban sus mejores pensamientos.

Pero, ¿por qué esa animación creciente de los huéspedes del proyectil? No podía dudarse de su sobriedad. Aquella insólita agitación ¿debía atribuirse a las circunstancias excepcionales en que se encontraban, a la proximidad del astro de la noche del que sólo les separaba unas cuantas horas, o a alguna influencia secreta de la Luna que obraba sobre su sistema nervioso? Sus rostros se encendían como si se encontraran a la boca de un horno; su respiración se había vuelto agitada y ruidosa; sus ojos brillaban con un fuego extraordinario; sus voces resonaban con acento formidable, lanzando palabras a borbotones; sus ademanes y movimientos eran tan agitados que les faltaba espacio y, sin embargo, no parecía que ellos advirtieran todo ese cambio.

—Pues ahora —dijo Nicholl en tono imperativo—, ahora que no sé si volveremos de la Luna, quiero saber qué vamos a hacer en ella.

—¿Qué vamos hacer? —respondió Barbicane, pateando como en un asalto de esgrima—. ¡No lo sé!

—¡No lo sabes! —exclamó Miguel, dando un grito que resonó estrepitosamente en aquel recinto estrecho.

—¡No, lo sé, ni me importa! —replicó Barbicane, gritando tanto como su compañero.

—¡Pues bien, yo sí lo sé! —respondió Miguel.

—Dilo, entonces —gritó Nicholl, que tampoco podía contenerse.

—Lo diré si me da la gana —exclamó Miguel, tomando con violencia el brazo de su compañero.

—Pues sería mejor que te diesen ganas —dijo Barbicane, echando llamas por los ojos y alzando la mano—. ¡Tú has sido el que nos ha arrastrado a este peligroso viaje, y queremos saber para qué!

—¡Sí! —dijo el capitán—. ¡Ya que no sé dónde voy, quiero saber a qué voy!

—¿A qué? —exclamó Miguel dando un salto de un metro—. ¿A qué? ¡A tomar posesión de la Luna en nombre de los Estados Unidos! ¡A añadir un Estado más a los treinta y nueve de la Unión! ¡A colonizar las regiones lunares, a cultivarlas y poblarlas, a transportar a ellas todas la maravillas del arte, de las ciencias y de la industria! ¡A civilizar a los selenitas, si es que no están más civilizados que nosotros, y a constituirlos en República, si no tienen ya esta forma de gobierno!

—¡Siempre que haya selenitas! —replicó Nicholl, que, bajo la influencia de aquella embriaguez inexplicable, se había vuelto terco y disentidor.

—¿Quién dice que no hay selenitas? —exclamó Miguel en tono de amenaza.

—¡Yo! —gritó Nicholl.

—Capitán —dijo Miguel—, no repitas esa insolencia o te la hago tragar con los dientes.

Los dos adversarios iban a lanzarse uno contra el otro, y aquella disputa se iba a convertir en pelea, cuando Barbicane se plantó entre ambos de un salto.

—¡Alto, desdichados! —dijo volviendo a sus compañeros de espaldas uno al otro—. ¡Si no hay selenitas, nos pasaremos sin ellos!

—Sí —exclamó Miguel, que no era el más terco—. ¡No nos hacen falta los selenitas! ¡Abajo los selenitas!

—Para nosotros el imperio de la Luna —dijo Nicholl.

—Nosotros tres constituiremos la República.

—Yo seré el Congreso —gritó Miguel.

—Y yo el Senado —añadió Nicholl.

—Y Barbicane el presidente —vociferó Miguel.

—¡Nada de presidente nombrado por la nación! —respondió Barbicane.

—¡Pues bien, te nombrará el Congreso —exclamó Miguel—, y como soy el Congreso, te nombro por unanimidad!

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra por el presidente Barbicane! —exclamó Nicholl.

—¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! —gritó Miguel.

Y en seguida, el presidente y el Senado entonaron con voz terrible la popular canción Yankee Doodle, mientras el Congreso hacía resonar los varoniles acentos de La Marsellesa.

Entonces empezó un baile desordenado, con ademanes descompuestos, patadas y cabriolas propias de dementes. "Diana" tomó parte en la fiesta, dando aullidos y saltando hasta la bóveda del proyectil. Entonces se escucharon fuertes aletazos, gritos penetrantes de gallo y de gallinas; cinco o seis de estas aves salieron volando y tropezando por las paredes como murciélagos a la luz del día...

En seguida, los tres compañeros de viaje, cuyos pulmones parecían desorganizarse bajo una influencia desconocida, embriagados o más bien inflamados por el aire que incendiaba su aparato respiratorio, cayeron sin conocimiento al fondo del proyectil.

¿Qué había ocurrido? ¿A qué se debía aquella extraña embriaguez, cuyas consecuencias podían resultar desastrosas para los viajeros? Se debía a una simple ligereza de Miguel, que por fortuna Nicholl pudo remediar a tiempo, ya que, luego de un desmayo que duró apenas unos minutos, el capitán fue el primero que recuperó el conocimiento.

Aunque había almorzado apenas dos horas antes, Nicholl sentía un hambre terrible que le atormentaba como si no hubiese probado bocado en dos días. Su estómago, lo mismo que su cerebro, se hallaban sobreexcitados en forma extraña. Se levantó y sugirió a Miguel que preparara una comida suplementaria. Pero Miguel yacía como un tronco y no le respondió. Entonces Nicholl decidió prepararse una taza de té para comer unas tostadas y lo primero que hizo fue encender un fósforo.

¿Cuál sería su sorpresa al ver que la llama de la cerilla arrojaba unA luz insoportable a los ojos, y que, aplicada al mechero de gas, éste lanzó unos resplandores como el mismísimo Sol?

Al instante, junto con explicarse la intensidad de la luz, se le hizo comprensible el extraño comportamiento que habían tenido los tres viajeros, con sus correspondientes perturbaciones fisiológicas así como sus facultades morales y pasionales.

—¡Es el oxígeno! —exclamó.

Y acercándose al aparato, vio que la llave dejaba salir en cantidad excesiva aquel gas incoloro, inodoro e insípido, eminentemente vital, pero que en estado puro produce

los más graves desórdenes en el organismo. Miguel, en un momento de distracción, había dejado enteramente abierta la llave del aparato.

Nicholl se apresuró a contener aquel escape de oxígeno que saturaba la atmósfera, y que podía ocasionar la muerte de los viajeros, no por asfixia, sino por combustión.

Una hora más tarde, el aire, menos cargado, permitía a los pulmones respirar en su estado normal. Poco a poco volvieron de su embriaguez los tres hombres; pero tuvieron que dormir su oxígeno, como un beodo duerme el vino.

Cuando Miguel se enteró de la responsabilidad que le cabía en aquel suceso, no manifestó arrepentimiento. Al contrario, aquella embriaguez inesperada había roto un poco la monotonía del viaje. Muchas tonterías se dijeron bajo su influencia, pero todas estaban olvidadas ya.

—Y, además —añadió el jovial francés—, no me pesa haber saboreado un poco ese gas embriagador.

—Todo está muy bien, amigo Miguel —dijo Barbicane—, pero ¿no nos va a contar de dónde vienen esas gallinas que se han mezclado en nuestro concierto?

—¿Esas gallinas? ¿Qué gallinas?

—¡Mira!

En efecto, Miguel vio por primera vez esa media docena de gallinas y un gallo magnífico que andaban de acá para allá, revoloteando y cacareando.

—¡Ah, qué torpes! —exclamó Miguel—. ¡El oxígeno las ha puesto en revolución!

—¿Pero qué vas a hacer con esas gallinas? —preguntó Barbicane.

—¡Aclimatarlas en la Luna, por supuesto!

—Entonces, ¿por qué las escondías?

—¡Era una sorpresa que quería darte, mi digno presidente, pero que ha fracasado de un modo lamentable! ¡Quería soltarlas en la Luna sin decirte nada! ¡Cuánto te hubiera sorprendido el ver a esos volátiles terrestres picoteando en los campos lunares!

—¡Ah, querido amigo loco! —respondió Barbicane—. ¡Tú no necesitas oxígeno para perder la cabeza! ¡Siempre estás como estábamos hace un rato bajo la influencia del gas! ¡Loco rematado!

—¡Bah! ¿Y quién te ha dicho que en ese momento no estábamos más cuerdos que nunca? —replicó Miguel Ardán.

Después de esta reflexión filosófica, los tres amigos repararon el desorden del proyectil. Las gallinas y el gallo fueron encerrados otra vez en su jaula. Pero al hacer

esta operación, Barbicane y sus dos compañeros advirtieron muy marcadamente un nuevo fenómeno.

Desde el momento en que salieron de la Tierra, su propio peso, así como el de los objetos que encerraba el proyectil y el de éste mismo, había sufrido una disminución considerable. Si no podían apreciar esta disminución respecto del proyectil, debía llegar un instante en que sería sensible respecto de ellos y de los utensilios e instrumentos que empleaban.

Excusado es decir que una balanza no habría apreciado esta pérdida de peso, porque las pesas la hubieran sufrido igual; pero una balanza de muelle, por ejemplo, cuya tensión es independiente de la atracción, hubiera demostrado con exactitud la pérdida sufrida.

¿Qué sucedería entonces? Existían tres hipótesis que debían producir consecuencias muy diferentes:

O el proyectil había conservado cierta velocidad y, pasando el punto de atracción equilibrada, caería en la Luna en virtud de la atracción lunar.

O faltándole la velocidad para llegar al punto de atracción equilibrada, caería a la Tierra en virtud de la atracción terrestre.

O, finalmente, animado por una velocidad suficiente para llegar al punto neutro, pero insuficiente para pasar de él, permanecería eternamente suspendido en aquel sitio.

Tal era la situación, y Barbicane explicó con toda claridad sus consecuencias a sus compañeros de viaje, a quienes el asunto interesaba en el más alto grado. Ahora bien, ¿cómo podrían saber si el proyectil había llegado al punto neutro situado a 350 mil kilómetros de la Tierra? Precisamente en el instante en que ni ellos ni los objetos encerrados en el proyectil se sintieran sometidos a las leyes de la gravedad.

Hasta entonces, los viajeros, si bien se daban cuenta de que esta acción disminuía cada vez más, no habían reconocido que faltase totalmente. Pero aquel mismo día, a eso de las once de la mañana, un vaso que tenía en la mano Nicholl, y que soltó sin darse cuenta, quedó en el aire en vez de caer al suelo.

—¡Bien —exclamó Miguel—, ahora vamos a tener un poco de física recreativa!

Y, en ese mismo instante, varios objetos, armas, botellas, que habían quedado tirados por ahí, se sostuvieron como por milagro.

Los tres compañeros, sorprendidos y estupefactos, a pesar de las razones científicas que tenían para explicar aquel fenómeno, sentían que faltaba a su cuerpo la gravedad. Si extendían sus brazos, se quedaban en esa posición sin bajarse; su cabeza no se inclinaba a ningún lado, y sus pies no tocaban el fondo del proyectil. Parecían ebrios a quienes les falta la estabilidad. La imaginación ha creado hombres invisibles o sin sombra. Pero allí, la realidad, sólo por la neutralización de las fuerzas atractivas, hacía hombres que no pesaban.

De repente, Miguel, tomando impulso, dio un salto, se desprendió del fondo y quedó suspendido en el aire. Sus dos amigos se le reunieron inmediatamente.

—¿Es esto creíble? ¿Es verosímil? ¿Es posible? —exclamó Miguel— ¡No! Y, sin embargo, es cierto.

—Si el proyectil pasa del punto neutro —dijo Barbicane— la atracción de la Luna nos llevará hacia ella.

—Entonces nuestros pies descansarán en la bóveda del proyectil —respondió Miguel.

—No lo creo —replicó Barbicane—; el proyectil tiene su centro de gravedad abajo y se volverá poco a poco.

—Entonces, todo nuestro mobiliario va a verse trastornado en un momento.

—No tengas cuidado, Miguel —respondió Nicholl—. No habrá trastorno alguno; ningún objeto se moverá, porque la evolución del proyectil se hará insensiblemente.

—Así será —añadió Barbicane—, y cuando haya pasado el punto de atracción equilibrada, su fondo, relativamente más pesado, lo arrastrará en una perpendicular a la Luna. Pero para que este fenómeno se produzca, es menester que hayamos pasado la línea neutra.

—¡Pasar la línea neutra! —exclamó Miguel—. Entonces vamos a hacer como los marinos cuando pasan el Ecuador; ¡mojemos nuestro paso!

Por medio de un leve movimiento lateral, Miguel se acercó a la pared; tomó allí una botella y vasos, los colocó en el espacio, delante de sus compañeros, y bebiendo alegremente, saludaron a la línea con una triple aclamación.

Aquella influencia de las atracciones duró una hora escasa. Los viajeros se sintieron poco a poco atraídos al fondo del proyectil, mientras el extremo superior de éste, según las observaciones de Barbicane, se apartaba poco a poco de la dirección de la Luna, y por un movimiento inverso, se acercaba a ella la parte inferior. La atracción lunar reemplazaba, pues, a la atracción terrestre. La caída hacia la Luna empezaba, aunque casi sin hacerse sentir todavía.

Pero poco a poco aumentaría la fuerza atractiva, la caída sería más marcada, el proyectil presentaría su cono superior a la Tierra, y caería con una velocidad creciente hasta la superficie selenita. El objetivo iba a conseguirse al fin, sin que nada pudiera impedir el buen éxito de la empresa; y así Nicholl y Miguel Ardán participaban de la alegría de Barbicane.

Después hablaron de todos aquellos fenómenos que los maravillaban uno tras otro, y especialmente aquella neutralización de las leyes de gravedad. Miguel Ardán, siempre entusiasta, quería deducir de ella consecuencias que no eran sino puro capricho.

—¡Ah, amigos míos, qué progreso tan grande si se pudiera uno librar de ese modo, en la Tierra, de esa gravedad, de esa cadena que nos sujeta a ella! ¡Sería la libertad del prisionero! ¡No más cansancio de brazos ni de piernas! Y si es verdad que para volar en la superficie de la Tierra, para sostenerse en el aire por el solo ejercicio de los músculos, se necesita una fuerza ciento cincuenta veces superior a la que poseemos, un simple acto de voluntad, un capricho nos transportaría al espacio, si la atracción no existiera.

—Así es —dijo Nicholl riendo—, si se llegara a suprimir el peso, como se suprime el dolor por la anestesia, se sembraría la paz en las sociedades modernas.

Sí —exclamó Miguel, fijo en su idea—, eliminemos el peso y se acabaron las cargas. No más grúas, no más gatas, no más cabrestantes, ni tornos, ni máquina alguna, que ya no serían necesarios.

—Muy bien dicho —replicó Barbicane—; pero si se suprimiera el peso de las cosas, ningún objeto permanecería en su sitio, ni tu sombrero en tu cabeza, ni tu casa, cuyas piedras se mantienen juntas por su peso. No podría haber barcos, porque si se sostienen sobre las aguas es sólo por la gravedad. No habría océano, puesto que sus olas no estarían contenidas por la atracción terrestre; en fin, tampoco habría atmósfera, porque sus moléculas, no hallándose retenidas por la gravedad, se dispersarían en el espacio.

—Triste sería —replicó Miguel—. No hay como la gente positiva para volverlo a uno brutalmente a la realidad.

—Pero consuélate, Miguel —replicó Barbicane—, porque si no hay astro alguno en que no existan las leyes de la gravedad, por lo menos vas a visitar uno en que aquélla es mucho menor que en la Tierra.

—¿La Luna?

—Sí, la Luna. Como su masa no es más que la sexta parte de la del globo terrestre, y la gravedad es proporcional a las masas, los objetos pesan allí seis veces menos.

—¿Y la notaremos nosotros? —preguntó Miguel.

—Indudablemente, ya que doscientos kilogramos no pesan más que treinta en la superficie de la Luna.

—Y nuestra fuerza muscular ¿no disminuirá?

—De ningún modo; en lugar de elevarte a un metro saltando, te elevarás a seis metros de altura.

—¡Así, pues, seremos Hércules en la Luna! —exclamó Miguel.

—Seguramente —respondió Nicholl—; tanto más cuanto que si la estatura de los selenitas es proporcional a la masa de su globo, tendrán apenas 30 centímetros de altura.

—¡Liliputienses! —replicó Miguel—. ¡Voy a hacer; pues, el papel de Gulliver! ¡Vamos a realizar la fábula de los gigantes! He aquí la ventaja de abandonar su planeta y recorrer el mundo solar.

—Espera un momento, Miguel —respondió Barbicane—, si quieres hacer el Gulliver; no visites más que los planetas inferiores, como Mercurio, Venus o Marte, cuya masa es menor que la de la Tierra. Pero no te arriesgues a visitar los planetas grandes, como Júpiter; Saturno, Urano o Neptuno, porque entonces se cambiarían los papeles y serias tú el liliputiense.

—¿Y en el Sol?

—En el Sol, si su densidad es cuatro veces menor que la de la Tierra, su volumen es unas trescientas veinticinco mil veces mayor; y la atracción, veintisiete veces más fuerte que en la superficie de nuestro globo. De manera que, guardadas todas las proporciones, los habitantes deberían tener por término medio sesenta metros de altura.

—¡Demonio! —exclamó Miguel—. Allá no sería ya más que un pigmeo.

—Gulliver entre los gigantes —dijo Nicholl.

—Justamente —respondió Barbicane.

—Y sería bueno llevar algunas piezas de artillería para defenderse.

—¡Bah! —replicó Barbicane—. Tus balas no harían efecto alguno en el Sol, y caerían al suelo a los pocos metros.

—¡Qué cosa más rara!

—Pero cierta —respondió Barbicane—.. La atracción es tan grande en aquel astro enorme, que un objeto del peso de setenta kilogramos en la Tierra, pesaría mil novecientos treinta en la superficie del Sol. Un sombrero, diez kilogramos; tu cigarrillo, un cuarto de kilo. Y, en fin, si tú cayeras al suelo en el continente solar; no podrías levantarte, porque tu peso sería unos dos mil quinientos kilogramos.

—¡Diablos! —dijo Miguel—. Sería necesario entonces llevar consigo una grúa. Pues bien, amigos míos, contentémonos por hoy con la Luna. Allí a los menos haremos una gran figura.

CAPITULO V

DESVIADOS POR UN CUERPO ERRANTE

Barbicane estaba tranquilo. Si todavía no podía saludar el éxito del viaje, la fuerza impulsiva inicial del proyectil había sido suficiente para llevarlo más allá de la línea de equilibrio de las fuerzas de gravedad de la Tierra y la Luna. Es decir; ni se quedarían inmóviles en el espacio, ni caería de regreso a la Tierra. En otras palabras, sólo faltaba por comprobar la tercera hipótesis, aquella que se refería a la llegada del proyectil a su blanco primitivo y principal: la superficie de la Luna.

Si se daba esta tercera hipótesis, significaba una caída de 35 mil kilómetros sobre el astro en el cual, si bien es cierto la gravedad no es más que una sexta parte de la gravedad de la Tierra, representaba de cualquier modo una caída formidable, y era preciso tomar toda suerte de precauciones para ello.

Estas precauciones sólo podían ser de dos tipos, dadas las circunstancias: uno era amortiguar el golpe de la caída; el otro tipo consistía en retardar esa caída, hacerla más lenta, y en consecuencia, menos violenta.

Era una lástima que Barbicane no pudiera emplear los medios que tan bien habían atenuado el choque de salida, es decir; el agua empleada como amortiguador y los tabiques movibles. Los tabiques existían, pero faltaba el agua, porque no se podía emplear en aquella mole que quedaba, puesto que era indispensable para el caso en que faltara agua los primeros días de estancia en el suelo lunar.

Por fortuna, Barbicane no sólo había empleado el agua como amortiguador en el despegue, también había provisto el disco movible de topes de muelle destinados a debilitar el choque contra el fondo después de la desaparición de los tabiques horizontales. Estos topes existían todavía, bastaba colocarlos y poner en su sitio el disco movible. Todas aquellas piezas, fáciles de manejar ahora, porque su peso era apenas perceptible, podían volver a montarse rápidamente.

Así se hizo; los diferentes trozos se reunieron sin dificultad por medio de pasadores, tuercas y demás útiles, que no faltaban. En un momento se halló el disco descansando en sus topes de acero, como una mesa bajo sus pies.

Una hora de trabajo exigió la colocación del disco, así es que eran más de las doce del día cuando terminaron. Barbicane hizo nuevas observaciones sobre la inclinación del proyectil, pero con gran disgusto suyo, éste no se había vuelto lo suficiente para una caída, más bien parecía seguir una curva paralela al disco lunar. El astro de la noche brillaba espléndidamente en el espacio, mientras, del lado opuesto, el astro del día incendiaba con sus fuegos.

Aquella situación no dejaba de ser alarmante.

—¿Llegaremos? —preguntó Nicholl, un tanto inquieto.

—Hagamos como si fuésemos a llegar —respondió Barbicane.

—Ustedes son un atado de pesimistas —replicó Miguel Ardán—. Llegaremos y mucho más rápido de lo que quisiéramos.

Esta repuesta impulsó a Barbicane a volver a su trabajo preparatorio, y se ocupó en disponer los aparatos necesarios para retardar la caída.

Pero la inquietud de Barbicane aumentaba al ver que el proyectil resistía las influencias de la gravitación. El sabio, que creía haber previsto las tres hipótesis posibles, la vuelta a la Tierra, la caída a la Luna y la detención en la línea neutra, se hallaba, de improviso con una cuarta y nueva hipótesis, preñada de temores porque era lo desconocido. Para pensarlo, sin acobardarse, era preciso ser un sabio resuelto como Barbicane, un ser flemático como Nicholl, o un aventurero audaz como Miguel Ardán.

Se entabló, en seguida, una conversación sobre este asunto. Otros hombres hubieran considerado la cuestión bajo el punto de vista más práctico, tratando de averiguar a dónde los conducía el proyectil. Pero ellos lo primero que trataron fue la causa que había producido aquel efecto.

—¿Es decir que hemos descarrilado? —preguntó Miguel—. Pero ¿por qué?

—Mucho temo —respondió Nicholl —que a pesar de todas las precauciones tomadas, el "Columbiad" no haya sido bien apuntado. Un error por pequeño que sea, basta para lanzarnos fuera de la atracción lunar.

—¿Apuntaron mal, entonces? —preguntó Miguel.

—No lo creo —respondió Barbicane—. La perpendicular del cañón era perfecta, y su dirección al cenit de aquel sitio absolutamente exacta. Pues bien, pasando la Luna por el cenit, debíamos llegar a ella de lleno. Existe alguna otra razón, pero no doy con ella.

—¿Quizá llegaremos demasiado tarde? —preguntó Nicholl.

—¿Demasiado tarde? —repitió Barbicane.

—Sí —insistió Nicholl—. La nota del Observatorio de Cambridge dice que la travesía debe hacerse en noventa y siete horas, trece minutos y veinte segundos. Lo cual quiere decir que, más pronto, la Luna no habrá llegado al punto indicado, y más tarde; habría pasado ya.

—Convenido —respondió Barbicane—; pero hemos partido el primero de diciembre, a las 11 menos 13 minutos y 20 segundos de la noche, y debemos llegar el 5 a las doce en punto de la noche, en el momento de estar la Luna llena. Ahora bien, son las tres y media de la tarde, y ocho horas y media debían bastar para conducirnos al punto de nuestro destino; ¿por qué es que no llegamos?

—¿No sería un exceso de velocidad? —preguntó Nicholl—. Porque la velocidad inicial ha sido mayor de lo que se suponía.

—¡No, cien veces no! —replicó Barbicane—. Un exceso de velocidad, si la dirección del proyectil hubiera sido buena, no nos habría impedido llegar a la Luna! ¡No! Hay una desviación; hemos sido desviados.

—¿Por quién y por qué? —preguntó Nicholl.

—No lo sé —respondió Barbicane.

—Pues bien, Barbicane —dijo entonces Miguel—, ¿quieres saber lo que pienso acerca del motivo de esa desviación?

—Habla.

—¡No daría cincuenta centavos por saberlo! ¡Nos hemos desviado, este es el hecho! ¿A dónde vamos? ¡No me importa! Ya lo veremos. ¡Qué diablos! Puesto que vamos atravesando el espacio, acabaremos por caer en un centro cualquiera de atracción.

Esta indiferencia de Miguel Ardán no podía contentar a Barbicane; y no porque le inquietara el porvenir; sino porque a toda costa quería saber por qué se había desviado el proyectil.

Mientras tanto, éste seguía marchando en sentido lateral a la Luna, y con él todos los objetos arrojados al exterior. Barbicane pudo cerciorarse, tomando puntos de mira en la Luna, cuya distancia era inferior a nueve mil kilómetros, de que su velocidad era uniforme. Otra prueba más de que no había caída.

No teniendo otra cosa que hacer; continuaron sus observaciones. Sin embargo, no podían ver aun las disposiciones topográficas del satélite. Todas las desigualdades de su superficie se nivelaban bajo la proyección de los rayos solares.

Así estuvieron observando por los cristales laterales hasta las ocho de la noche. La Luna se veía tan grande que cubría la mitad del firmamento. El Sol por un lado, y el astro de la noche por el otro, inundaban de luz el proyectil.

En aquel momento Barbicane creyó poder apreciar en 3.160 kilómetros solamente la distancia que los separaba de su objeto. La velocidad del proyectil parecía ser unos doscientos metros por segundo, o sea poco más o menos 770 kilómetros por hora. El fondo del proyectil se inclinaba hacia la Luna obedeciendo a la fuerza centrípeta; pero la fuerza centrífuga dominaba siempre, por lo tanto, era probable que la trayectoria rectilínea se convirtiera en una curva cualquiera, cuya naturaleza no era posible determinar.

Barbicane seguía buscando la solución de un problema que parecía no tenerlo; las horas pasaban sin cambios; el proyectil se acercaba visiblemente a la Luna, pero era también visible que no llegaría a ella. En cuanto a la distancia más corta a que llegaría, debía ser la resultante de las dos fuerzas atractiva y repulsiva que actuaban sobre el proyectil.

—Yo no pido más que una cosa —repetía Miguel—: pasar bastante cerca de la Luna para penetrar sus secretos.

—Maldita sea entonces —exclamó Nicholl— la causa que ha hecho desviar nuestro proyectil.

—Maldito sea entonces —respondió Barbicane, como si se le ocurriera de repente —aquel bólido que nos hemos encontrado en el camino.

—¡Eh! —dijo Miguel.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Nicholl.

—Quiero decir —respondió Barbicane con acento de convicción— que nuestra desviación se debe únicamente al encuentro con ese cuerpo errante.

—Pero si no nos ha tocado —respondió Miguel.

—¿Y qué importa? Su masa, comparada con la de nuestro proyectil era enorme, y su atracción fue suficiente para influir en nuestra dirección.

—¡Tan poca cosa! —exclamó Nicholl.

—Sí, amigo Nicholl, pero por poco que fuera, en una distancia de 380 mil kilómetros, no hacía falta más para apartarnos de nuestro camino.

No cabía duda de que Barbicane había dado con la verdadera explicación para la desviación del proyectil. Por pequeña que hubiese sido la atracción de ese bólido errante, fue suficiente para desviar el curso de la nave. Lo cual no dejaba de ser toda una desgracia, no por la suerte que correrían los tres amigos, sino porque ellos habían demostrado que su aventurero viaje era posible, y un hecho casual, impredecible, lo había abortado... a no ser que se produjeran todavía otros acontecimientos excepcionales.

En cualquier forma, ¿pasarían lo suficientemente cerca para resolver; si es que a alguien todavía le interesaban, ciertos problemas de física y de geología, no resueltos aún por la ciencia? Esto era, en esa hora, lo único que les importaba a los intrépidos viajeros. La suerte que corrían... ni siquiera querían pensar en ello.

No obstante, ¿cuál sería la suerte que el destino les tenía deparada? ¡Qué sería de ellos en esas soledades infinitas? El aire, tan vital para la supervivencia humana, iba a faltarles en cualquier momento. En unos cuantos días, con toda seguridad, caerían asfixiados, uno tras otro, en ese proyectil convertido en viajero errante.

Ahora bien, para los hombres intrépidos como eran los tres amigos, unos cuantos días eran siglos. Y ya que teniéndola tan cerca, estaba también tan lejana, dedicaron cada instante a observar la Luna que no habrían de pisar. La distancia real que los separaba del astro de la noche era de unos novecientos kilómetros y en esas condiciones las observaciones que hacían no eran tan precisas como las que conseguían los habitantes de la Tierra por medio de sus telescopios.

En efecto, se sabe que el instrumento montado por John Ross en Parsontown, que aumenta el tamaño de los objetos seis mil quinientas veces, acerca la Luna a una distancia de poco más que 72 kilómetros; además, con el potente aparato instalado en Long's Peak, el astro de la noche, aumentado hasta cuarenta y ocho mil veces, se acercaba hasta menos de 9 kilómetros, pudiéndose distinguir perfectamente los objetos de diez metros de diámetro.

De manera que a la distancia a que se hallaban, los detalles topográficos de la Luna, observados sin anteojos, no estaban determinados en forma nítida. La vista abarcaba un extenso contorno de aquellas inmensas depresiones llamadas impropiamente mares, pero no les permitía reconocer su naturaleza. La prominencia de las montañas desaparecía en la espléndida irradiación que producía la reflexión de los rayos solares y que deslumbraba la vista hasta el punto de no poderla resistir.

Se percibía, sí, la forma oblonga del astro, que parecía un huevo gigantesco cuya extremidad más aguda miraba a la Tierra. En efecto, la Luna, líquida o maleable, en los primeros días de su formación, semejaba una esfera perfecta; pero al poco tiempo, atrapada por el centro de atracción de la Tierra, se prolongó bajo la influencia de la gravedad. Al convertirse en satélite, perdió la pureza nativa de sus formas, su centro de gravedad se adelantó al centro de la figura, y de esta disposición dedujeron algunos sabios la consecuencia de que el aire y el agua podrían haberse refugiado en la cara opuesta de la Luna, que nunca es visible para la Tierra.

Esta alteración de las formas primitivas del satélite no fue notoria sino durante unos cuantos minutos. La distancia del proyectil a la Luna disminuía con gran rapidez por efecto de su velocidad inicial; era ocho o nueve veces superior a la que llevan los trenes especiales de los ferrocarriles. La dirección oblicua del proyectil, por razón de esta misma oblicuidad, dejaba todavía a Miguel Ardán alguna esperanza de tropezar con un punto cualquiera del disco lunar. No podía creer que no había de llegar; y así lo repetía continuamente; pero Barbicane, mejor juez en la materia, no dejaba de repetirle con implacable lógica.

—No, Miguel; no podemos llegar a la Luna sino por una caída y no caemos.

Esto fue dicho en un tono que arrebató a Miguel sus últimas esperanzas.

La parte de la Luna a donde se acercaba el proyectil era el hemisferio boreal; el que los mapas selenográficos colocan abajo, porque estos mapas son dibujados generalmente de acuerdo a las imágenes que proporcionan los anteojos, los cuales, como es sabido, cambian de arriba a bajo la dirección de los objetos. Tal era el mapa selenográfico que consultaba Barbicane. Este hemisferio septentrional presentaba extensas llanuras sembradas de montañas aisladas.

La Luna estaba llena a medianoche; en aquel momento, los viajeros debían haber puesto el pie en ella, si el mal aventurado bólido no les hubiera desviado de su dirección. El astro llegaba puntual en las condiciones exactamente determinadas por el Observatorio de Cambridge; se hallaba matemáticamente en su perigeo y en el cenit de los 28 grados paralelo. Un observador colocado en el fondo del enorme "Columbiad" apuntado perpendicularmente al horizonte, hubiera visto la Luna en la boca del cañón;

la línea recta tirada desde el eje de la pieza habría atravesado el centro del astro de la noche.

No hace falta decir que en toda aquella noche del 5 al 6 de diciembre los viajeros no descansaron un instante. ¿Habrían podido cerrar los ojos tan cerca de aquel nuevo mundo? No. Todos sus sentimientos se concentraban en un solo pensamiento: ¡Ver! Como representantes de la Tierra, de la humanidad pasada y presente, que resumían en sí, la raza humana miraba por sus ojos aquellas regiones lunares cuyos secretos trataban de penetrar. Los tres se hallaban poseídos de una emoción profunda y no hacían más que ir de un cristal a otro.

Sus observaciones, reproducidas por Barbicane, fueron rigurosamente determinadas. Para hacerlas, tenían anteojos; para comprobarlas, tenían mapas.

Históricamente el primer observador de la Luna fue Galileo. Su anteojo era insuficiente, sólo aumentaba treinta veces el tamaño del astro. Sin embargo, en las manchas que salpicaban el disco lunar "como los ojos que marcaban la cola de un pavo real", fue el primero que reconoció montañas, y aún midió la altura de algunas, a las cuales atribuyó una elevación exagerada casi igual a la vigésima parte del diámetro del disco, o sea ocho mil ochocientos metros. Galileo no trazó ningún mapa que representase sus observaciones.

Los instrumentos de óptica que Barbicane tenía a su disposición eran excelentes anteojos marinos preparados especialmente para aquel viaje. Su fuerza alcanzaba a aumentar cien veces el tamaño de los objetos, lo que equivale a decir que hubiera hecho ver en la Tierra a la Luna a distancia de unos 4.500 kilómetros. Pero entonces, hallándose los observadores, a eso de las tres de la madrugada, a menos de ciento veinte kilómetros del astro, y sin el intermedio de atmósfera alguna, los instrumentos debían acercar la superficie lunar a unos mil quinientos metros de distancia.

CAPITULO VI

MARES QUE NO SON

En cierta ocasión, un profesor le preguntaba irónicamente a un alumno: ¿Ha visto usted alguna vez la Luna? A lo cual el alumno respondía, también con ironía: No, señor; no la he visto. Pero sí puedo decirle que he oído hablar de ella una que otra vez.

La inmensa mayoría de los seres que tienen a la Luna al alcance de su vista podrían dar una respuesta parecida. Uno se sorprende al conocer la infinidad de personas que han oído hablar de nuestro satélite, sin haberla visto nunca en realidad, visto a través de un lente telescópico. Lo mismo puede decirse de un mapa selenográfico**,** que constituiría una rareza para la inmensa mayoría de personas.

Una cosa sorprende y llama la atención a la primera vista de un mapa selenográfico: contrariamente a lo que sucede en la Tierra y también en Marte, los continentes ocupan de preferencia el hemisferio Sur del satélite nocturno. Pero los continentes no tienen esas líneas tan definidas, claras y regulares, como es el caso de la América del Sur; África o la península india. En la Luna las costas son angulosas, caprichosas y onduladas; en ellas abundan los golfos y penínsulas. Tienen una cierta analogía con el aspecto confuso de las islas de la Sonda, donde las tierras están excesivamente divididas y desmenuzadas.

Del mismo modo se aprecia que, en el esferoide lunar; el polo Sur es mucho más continental que el Polo Norte. En este último no existe más que un ligero casquete de tierras, separadas de los otros continentes por extensos mares. Hacia el Sur; los continentes cubren casi todo el hemisferio.

Las islas son muy abundantes en la superficie lunar. Casi todas tienen una forma oblonga o circular; como si estuvieran trazadas con un compás, y forman como un gran archipiélago que sólo puede compararse con ese grupo encantador esparcido entre la Grecia y el Asia Menor; y que la mitología animó en tiempos antiguos con sus más interesantes leyendas. Sin querer; vienen a la memoria los nombres de Naxos, Tenedos, Milo, Carpathos y los ojos buscan el navío de Ulises o el bajel de los argonautas.

No se puede concluir la descripción de la parte continental de la Luna, sin decir algunas palabras sobre su disposición orográfica. Se distinguen con mucha claridad las cordilleras de montañas, las montañas aisladas de circos y las hendiduras. Todo el relieve lunar se halla comprendido en esta división, y es sumamente quebrado.

La mirada se fija en seguida en los mares. No sólo su conformación, su situación y su aspecto recuerdan el de los océanos terrestres, sino que, como en la Tierra, estos mares ocupan la mayor parte del globo y, sin embargo, no son espacios líquidos, sino llanuras, cuya naturaleza esperaban los viajeros determinar pronto.

Los astrónomos han adornado a esos supuestos mares con nombres extraños cuando menos, y que la ciencia, sin embargo, ha respetado hasta hoy.

En el hemisferio de la izquierda se extiende el "Mar de los Nublados", en que tantas veces va a ahogarse la razón humana. No lejos de allí aparece el "Mar de las lluvias", alimentado por todas las agitaciones de la existencia. Más allá se abre el "Mar de las Tempestades", en el que el hombre lucha sin cesar contra sus pasiones. Después, consumido por los desengaños, las tragedias, las infidelidades y toda la serie de penalidades terrestres, encuentra al fin de su carrera ese vasto "Mar de los Humores", dulcificado apenas por algunas gotas de agua del "Golfo del Rocío". Nubes, lluvias, tempestades, humores... ¿contiene otras cosas la vida del hombre, y acaso que no se hallan comprendidas en estas cuatro palabras?

El hemisferio de la derecha, encierra mares más reducidos, cuyos significativos nombres expresan todos los incidentes de una existencia femenina. El "Mar de la serenidad" es donde se mira la joven, y el "Lago de los Sueños", el que le refleja un porvenir sonriente. Viene en seguida el "Mar del Néctar", con sus oleadas de ternura y sus brisas de amor. El "Mar de la Fecundidad", el "Mar de las Crisis", el "Mar de los Vapores", cuyas dimensiones son demasiado reducidas quizá y, por fin, el extenso "Mar de la Tranquilidad", donde son absorbidas todas las falsas pasiones, todos los sueños inútiles, todos los deseos no satisfechos, y cuyos torrentes se derraman por último en el "Lago de la Muerte".

La hora de llegada a la Luna, la medianoche, había pasado y los viajeros aún se hallaban lejos de su propósito. Más todavía: sabían que jamás llegarían a poner un pie en el satélite terrestre.

A las doce y media, Barbicane se encontraba calculando la distancia que los separaba de la Luna; el cálculo arrojó la cifra de 1.400 kilómetros, una distancia ligeramente mayor que el radio de la Luna y que había de disminuir a medida que avanzaran hacia el Polo Norte. El proyectil se encontraba entonces sobre el décimo paralelo y no sobre el Ecuador, que había sido su destino original y desde aquella posición, cuidadosamente estudiada en el mapa, hasta el Polo, Barbicane y sus dos compañeros podían tener la mejor vista de la Luna y hacer las observaciones en condiciones inmejorables.

Con la ayuda de los anteojos, aquella distancia de mil cuatrocientos kilómetros quedaba reducida a catorce. El telescopio de las montañas Rocosas acercaba más la Luna, pero la atmósfera terrestre disminuía de manera considerable su potencia óptica de modo que Barbicane, desde su proyectil, con su anteojo en la mano, percibía detalles casi imposibles de apreciar por los observatorios de la Tierra.

—Amigos míos —dijo entonces el presidente con acento grave—, no sé dónde vamos, ni si volveremos jamás a ver el globo terrestre. Sin embargo, sigamos como si nuestros estudios debieran servir algún día a nuestros semejantes. Ahora somos astrónomos; este proyectil es un gabinete del Observatorio de Cambridge transportado al espacio: hagamos uso de él.

Después de estas palabras se pusieron a trabajar con una atención y precisión extremadas, y reprodujeron fielmente los diversos aspectos de la Luna a las distancias variables que el proyectil ocupaba respecto del astro.

—¿Qué vemos en este instante? —preguntó Miguel.

—La parte septentrional del "Mar de los Nublados" —respondió Barbicane—. Estamos demasiado lejos para poder reconocer su naturaleza. Esas llanuras se componen sólo de arenas áridas.

—¿Qué monte es ése? —preguntó Miguel.

—"Copérnico" —respondió Barbicane.

—Veamos a "Copérnico".

Este monte se eleva a una altura de 3.438 metros sobre el nivel de la superficie de la Luna. Es muy visible desde la Tierra, y los astrónomos pueden estudiarlo perfectamente.

El proyectil dominaba el circo perpendicularmente en aquel momento. El contorno de "Copérnico" formaba así un círculo perfecto, y sus picos escarpados se destacaban con la mayor claridad, distinguiéndose un doble recinto angular.

Al pasar por encima de la llanura inmediata, pudo notar Barbicane un gran número de montañas poco importantes, y entre otras una de forma anular denominada "Gay–Lussac", cuya anchura mide veintitrés kilómetros.

Hacia el Sur, la llanura se mostraba muy plana, sin prominencias ni desigualdades. Por el contrario, hacia el Norte, y hasta el sitio en que confinaba con el "Mar de las Tempestades", tenía el aspecto de una superficie líquida agitada por un huracán, y cuyas olas se hubieran solidificado súbitamente. Sobre todo el conjunto y en todas direcciones se extendían las ráfagas luminosas que partían de la cumbre del "Copérnico". Algunas presentaban una anchura de treinta kilómetros y una longitud incalculable.

Ahora, el proyectil marchaba con una velocidad casi uniforme, a lo largo del disco lunar. Los viajeros, como se comprende fácilmente, no pensaban en descansar ni un momento. Cada minuto se les presentaba un paisaje nuevo que desaparecía rápidamente de su vista. A eso de la una y media vieron las cumbres de otra montaña; Barbicane, consultando su mapa, reconoció a "Eratóstenes".

Era una montaña anular de cuatro mil quinientos metros de altura, y formaba uno de los tantos circos del satélite. A propósito de esto Barbicane reafirmó a sus amigos la singular opinión de Kepler sobre la formación de dichos circos. Según el célebre matemático, aquellas cavidades en forma de cráteres debían haber sido abiertas por la mano de los hombres.

Pronto desapareció "Eratóstenes" bajo el horizonte, sin que el proyectil se hubiera acercado lo suficiente para permitir una observación rigurosa. Aquella montaña separaba los "Apeninos" de los "Cárpatos".

En la orografía lunar se han distinguido algunas cordilleras de montañas que se hallan distribuidas principalmente por el hemisferio Norte. Algunas, sin embargo, ocupan ciertas porciones del hemisferio Sur.

La más importante de estas cordilleras es la de los "Apeninos", cuyo desarrollo es de casi 680 kilómetros, desarrollo inferior, sin embargo, al de los grandes movimientos orográficos de la Tierra. Los "Apeninos" protegen la orilla oriental del "Mar de las Lluvias", y continúan al Norte por los "Cárpatos", cuyo perfil mide unos 450 kilómetros.

Los viajeros apenas pudieron vislumbrar la cumbre de los "Apeninos"; en cambio, la cordillera de los "Cárpatos" se extendió bajo sus miradas durante un largo rato y pudieron determinar perfectamente su distribución.

A eso de las dos de la mañana, Barbicane vio la montaña llamada "Piteas", de 1.559 metros de altura. La distancia del proyectil a la Luna no era ya más que de 1.200 kilómetros, reducida a poco más de 110 kilómetros por medio de los anteojos.

A las dos y media de la mañana el proyectil se encontraba a la altura del trigésimo paralelo lunar y a una distancia real de 1.000 kilómetros, distancia que un anteojo reducía a 10. A Barbicane continuaba pareciéndole imposible que llegasen a tocar en ningún sitio la superficie lunar, y la velocidad de traslación de la nave, relativamente mediana, le resultaba inexplicable a Barbicane, porque, a la distancia que se encontraban de la Luna, debía haber sido muy grande para neutralizar la fuerza de atracción.

Había un fenómeno que no podía explicarse, pero no disponía de tiempo para buscar su causa. La superficie lunar pasaba rápidamente ante ellos y ninguno quería perderse ni el más mínimo detalle. Veía el disco a una distancia de 10 mil metros por el anteojo, y los aeronautas que habían llegado a mayores alturas no habían pasado de los 8 mil metros, sin que pudiesen hacer grandes distinciones sobre la superficie de la Tierra. ¿Cuáles serían las observaciones de los tres viajeros?

Antes que nada es preciso señalar que 8 mil metros sobre la Tierra, no puede compararse con 10 mil metros sobre la Luna. La Tierra es muchísimo más grande que su satélite, por lo que a 8 mil metros apenas se ve una porción mínima de nuestro planeta. He aquí, en cambio, una descripción exacta de lo que Barbicane y sus amigos veían desde esa altura.

Veían antes que nada manchas extensas de colores variados. Los selenógrafos no están de acuerdo sobre la naturaleza de estas coloraciones, que son muy distintas unas de otras

Miguel Ardán se encontraba cerca del presidente, cuando observó las largas líneas blancas, vivamente iluminadas por los rayos directos del Sol. Era una serie de surcos luminosos muy diferentes de la irradiación que presentaba "Copérnico", y que se prolongaban paralelamente unos a otros.

Miguel, con su habitual ligereza, exclamó de inmediato:

—¡Vaya, campos cultivados!

—¿Campos cultivados? —respondió Nicholl encogiéndose de hombros.

—Por lo menos, labrados —replicó Miguel Ardán—. Pero ¡qué buenos labradores deben ser esos selenitas y qué bueyes tan gigantescos deben enganchar a sus arados para abrir tales surcos.

—No son surcos –dijo Barbicane—, son hendiduras.

—Está bien con las hendiduras —respondió con docilidad Miguel.

La realidad era que en ninguna parte se percibían movimientos; en ninguna parte aparecía vegetación. De los tres reinos que forman el globo terrestre, uno solo estaba representado en el globo lunar: el mineral.

—¡Ah! —dijo Miguel con aire desconcertado—. ¿Con que no hay nadie, eh?

—No —respondió Nicholl—, por lo menos hasta ahora. Ni un hombre, ni un animal, ni un árbol. Después de todo, si la atmósfera se ha refugiado en el fondo de las cavidades, en el interior de los circos o en la superficie opuesta de la Luna, nada podemos decir por el momento.

—Por lo demás —añadió Barbicane—, un hombre no es visible ni aún para la vista más perspicaz, a la distancia de siete kilómetros. Si hay selenitas, ellos pueden ver nuestro proyectil, pero nosotros no podemos verlos a ellos.

A las cuatro de la mañana, y a la altura del paralelo cincuenta, la distancia se había reducido a seiscientos kilómetros.

Eran las seis cuando vieron el Polo lunar. El disco no presentaba a las miradas de los viajeros más que una mitad fuertemente iluminada y la otra que desaparecía en las tinieblas. De repente el proyectil pasó la línea que dividía la luz intensa de la sombra absoluta, y quedó súbitamente sumido en la más profunda noche.

CAPITULO VII

UN ESPACIO MUY FRÍO

El proyectil pasaba a menos de 50 kilómetros del Polo Norte de la Luna cuando se produjo bruscamente esa rara transición. Unos pocos segundos habían sido suficientes para sepultar a la Luna en las tinieblas absolutas del espacio. Todo había ocurrido con tanta rapidez, tan sin ninguna degradación de la luz, que no sugería sino que un soplo gigantesco hubiera apagado al astro de la noche.

—¡Se fundió! ¡Desapareció la Luna! —exclamó Miguel Ardán, estupefacto.

En efecto, no se veía un reflejo, ni una sombra, ni nada de aquel disco tan deslumbrador momentos antes. La oscuridad era completa, y la hacía mayor aún el brillo de las estrellas; tenía ese color negro propio de las noches lunares que duran trescientos cincuenta y cuatro horas y media en cada punto del disco, noche inmensa que proviene de la igualdad entre el movimiento de traslación y rotación de la Luna sobre sí misma y alrededor de la Tierra. El proyectil, sumergido en el cono de sombra del satélite, no sufría ya la acción de los rayos solares, lo mismo que los puntos de la parte invisible de éste.

En el interior del proyectil reinaba una oscuridad total: no se veía nada. De modo que, por más deseoso que estuviera Barbicane de economizar el gas del depósito no hubo más remedio que hacer el gasto para disipar las tinieblas en que les había sumido la desaparición del Sol.

Con luz interior disponible, los observadores habían vuelto a ocupar sus puestos. Trataban de ver algo a través de los oscuros tragaluces, apagando incluso la luz interior; pero no distinguían ni un átomo luminoso en medio de aquella oscuridad.

Un hecho inexplicable ocupaba el pensamiento de Barbicane. ¿Cómo se concebía que, habiendo pasado el proyectil a la cortísima distancia de 50 kilómetros de la Luna, no hubiera caído en ella? Si su velocidad hubiese sido muy grande, se comprendía que no ocurriese la caída; pero con una velocidad relativamente mediana, aquella resistencia a la atracción lunar no se comprendía. ¿Se hallaba sometido el proyectil a alguna otra influencia? ¿Había algún otro cuerpo que le mantenía en el éter? Era ya indudable que no tocaría en la Luna. Pero ¿dónde iba? ¿Se alejaba del disco o se acercaba a él? ¿Iba arrastrado en aquella noche profunda a través del infinito? ¿Cómo saberlo, cómo calcularlo en medio de las tinieblas? Todas estas cuestiones inquietaban a Barbicane, pero no podía resolverlas.

De hecho el astro invisible estaba allí, a pocos kilómetros, pero ni sus compañeros ni él lo distinguían ya. Si se producía algún ruido en su superficie, no podían oírlo. El aire, vehículo del sonido, faltaba allí para transmitir los gemidos de aquella Luna, a quien las leyendas árabes designan como "un hombre ya medio convertido en granito, pero que todavía siente".

Es imaginable el disgusto de los viajeros al encontrarse envueltos en aquella noche negra. Les era imposible realizar la menor observación del disco lunar. En cambio, las constelaciones parecían solicitar sus miradas, y hay que convenir en que jamás astrónomo alguno se había visto en condiciones tan favorables para observarlas.

Nada podía igualar en verdad el esplendor de aquel mundo sideral bañado en el límpido éter. Aquellos diamantes incrustados en la bóveda celeste lanzaban soberbios destellos. La vista abarcaba el firmamento desde la Cruz del Sur hasta la Estrella del Norte.

La imaginación se perdía en aquel infinito sublime en medio del cual gravitaba el proyectil, como un nuevo astro creado por la mano de los hombres. Por un efecto natural, aquellas constelaciones brillaban con suavidad, y no centellaban, por que faltaba la atmósfera, que es la que produce el centelleo por la interrupción de sus capas de diferente densidad y humedad. Parecían otros tantos ojos que miraban dulcemente en aquella noche profunda, y en medio del silencio absoluto del espacio.

Largo rato contemplaron mudos los viajeros el firmamento estrellado en el cual la Luna formaba una especie de gran cavidad negra. Pero una sensación muy penosa les sacó pronto de su contemplación y era un frío sumamente intenso que en un instante cubrió los cristales de los tragaluces con una espesa capa de hielo. En efecto, como el Sol no calentaba ya con sus rayos directos al proyectil, éste perdía poco a poco el calor acumulado en sus paredes, sintiéndose por lo tanto un gran descenso de temperatura, que convirtió en hielo la humedad interior en contacto con los cristales, impidiendo toda observación.

Nicholl, consultando el termómetro, vio que había bajado a 17 grados centígrados bajo cero. Así, pues, a pesar de todos los propósitos económicos de Barbicane, no sólo tuvo que emplear el gas para tener luz, sino también para calentarse. La temperatura del proyectil no era soportable, ya que sus huéspedes se hubieran helado vivos.

—No podemos quejarnos, por cierto —observó Miguel Ardán—, de la monotonía del viaje. ¡Qué variedad, por lo menos en la temperatura! En un momento nos vemos abrumados de luz y calor, como los indios de las Pampas; en otros estamos sumidos en las más profundas tinieblas y en medio de un frío boreal, como los esquimales del Polo. ¡No, no podemos quejarnos!

—Pero —preguntó Nicholl—, ¿qué temperatura es la del exterior?

—Precisamente la de los espacios planetarios —respondió Barbicane.

—Entonces —dijo Miguel Ardán—, ¿no seria éste el momento para hacer esa experiencia que no hemos podido intentar cuando estábamos inundados de rayos solares?

—¡Seguro! ¡Ahora o nunca! —respondió Barbicane—; porque estamos perfectamente situados para comprobar la temperatura del espacio y ver si son exactos los cálculos científicos.

—De todas maneras, hace frío —respondió Miguel—. La humedad interior se condensa en los cristales y, si continúa el descenso, pronto veremos que nuestro aliento cae al suelo convertido en nieve.

—Preparemos un termómetro —dijo Barbicane.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Nicholl.

—Nada más fácil —respondió Miguel Ardán, que nunca se apuraba—. Se abre rápidamente el tragaluz se lanza el instrumento, que seguirá dócilmente el proyectil, y al cabo de un cuarto de hora, se le retira...

—¿Con la mano? —preguntó Barbicane.

—Con la mano —respondió Miguel.

—Pues bien, amigo mío, no te expongas a tal cosa —respondió Barbicane—, porque la mano que sacaras para hacerlo, se quedaría hecha un muñón helado y deforme por esos fríos espantosos.

—¿De veras?

—Experimentarías la sensación de una quemadura terrible, como si te acercaran a un hierro candente; porque es lo mismo que el calor entre o salga de nuestra carne en gran cantidad. Además, tampoco estoy seguro de que ahora nos sigan los objetos que hemos arrojado fuera.

—¿Por qué? —dijo Nicholl.

—Porque si atravesamos una atmósfera, aunque sea muy poco densa, esos objetos se moverán ya con más dificultad y se quedarán atrás. La oscuridad nos impide ver si todavía nos siguen. Así, pues, para no exponernos a perder el termómetro, lo sujetaremos de modo que podamos retirarlo fácilmente.

Siguiendo los consejos de Barbicane, se abrió rápidamente el tragaluz, y Nicholl arrojó fuera el termómetro, al cual se había atado una cuerda corta, con el fin de poderlo retirar con rapidez. El tragaluz estuvo abierto a lo sumo un segundo y, sin embargo, bastó para que un frío violento penetrara en el interior del proyectil.

—¡Mil diablos! —exclamó Miguel Ardán—. ¡Hace un frío capaz de helar a los osos blancos!

Barbicane esperó a que pasara una media hora, tiempo más que suficiente para que el instrumento pudiera descender hasta la temperatura del espacio. En seguida retiraron el termómetro tan rápidamente como lo habían sacado.

Barbicane calculó la cantidad de mercurio pasada a la ampolleta soldada a la parte inferior del instrumento.

—Ciento cuarenta grados centígrados bajo cero —exclamó.

El proyectil entre tanto describía, en la sombra, aquella incalculable trayectoria que ningún punto de partida podía determinar.

¿Se había modificado su dirección debido a la influencia de la atracción lunar o por la influencia de un astro desconocido? Barbicane no podía decirlo, pero se había producido un cambio en la posición relativa del vehículo, y Barbicane lo demostró hacia las cuatro de la mañana.

Este cambio consistía en que la base del proyectil se había inclinado hacia la superficie de la Luna y se mantenía en la dirección de una perpendicular que pasaba por su eje. La atracción, es decir, la gravedad, había producido esta modificación. La parte más pesada del proyectil se inclinaba hacia el disco invisible, exactamente como si fuera cayendo hacia él.

¿Y caía en realidad? ¿Los viajeros iban a alcanzar finalmente este objetivo tan deseado? No. Y la observación de un punto de mira bastante inexplicable por otra parte vino a demostrar a Barbicane que su proyectil no se aproximaba a la Luna y que se separaba siguiendo una curva casi concéntrica.

Este punto de mira fue un rayo de luz que Nicholl descubrió de repente sobre el límite del horizonte formado por el disco negro, y que no podía confundirse con una estrella. Era una incandescencia rojiza, que aumentaba de volumen poco a poco, prueba incontestable de que el proyectil se aproximaba a él, y no caía normalmente en la superficie del astro.

—¡Un volcán! ¡Es un volcán en actividad! —gritó Nicholl—. Un derrame de los fuegos interiores de la Luna. Este mundo no está aún completamente muerto.

—¡Sí! una erupción —respondió Barbicane, que observaba cuidadosamente el fenómeno con su anteojo de noche—. ¿Qué podría ser, si no fuera un volcán?

—¿Pero, entonces —dijo Miguel Ardán—, se necesita aire para mantener esta combustión. Por lo tanto, hay una atmósfera que rodea esta parte de la Luna.

—Puede ser —dijo Barbicane—; pero no es absolutamente necesario. El volcán puede suministrarse el oxígeno por la descomposición de ciertas materias y lanzar así sus llamas en el vacío. Hasta me parece que esta deflagración tiene la intensidad y el resplandor de los objetos cuya combustión se produce en el oxígeno puro. No nos apresuremos a afirmar la existencia de una atmósfera lunar.

La montaña en ignición debía estar situada, aproximadamente, hacia el grado cuarenta y cinco de latitud Sur de la parte invisible del disco. Pero, con gran disgusto de Barbicane, la curva que describía el proyectil lo llevaba lejos del punto señalado por la erupción no siendo posible, por lo tanto, determinar su naturaleza.

Media hora después de haberlo visto, este punto luminoso desaparecía detrás del sombrío horizonte. Sin embargo, la comprobación de este fenómeno era un hecho de suma importancia en los estudios selenográficos. Probaba que no había desaparecido aún todo calor de las entrañas de este globo, y allí donde existe el calor, ¿quién podría afirmar que no han sobrevivido también los reinos vegetal y hasta el animal? La

existencia de este volcán en erupción, indiscutiblemente comprobada por los sabios de la Tierra, hubiera producido sin duda muchas teorías favorables a la grave cuestión de la habitabilidad de la Luna.

Barbicane se dejaba arrastrar por sus reflexiones y se olvidaba de sí mismo en una muda contemplación en la que se agitaban los misteriosos destinos del mundo lunar. Buscaba el lazo que había de unir los hechos observados hasta entonces, cuando un nuevo incidente le volvió bruscamente a la realidad.

Este incidente no era otro fenómeno cósmico más, era un peligro amenazador, cuyas consecuencias podían ser desastrosas.

En medio del éter, y entre sus tinieblas profundas, había aparecido repentinamente una masa enorme. Era como una Luna, pero incandescente, y de un brillo tanto más insoportable cuanto que rompía fuertemente la profunda oscuridad del espacio. Aquella masa de forma circular despedía una luz tal que inundaba completamente el proyectil. Las caras de Barbicane, de Nicholl, de Miguel Ardán, violentamente iluminadas por sus blancas ráfagas, tomaban esa apariencia espectral, lívida, cadavérica, que los físicos producen con la luz artificial del alcohol impregnado de sal.

—¡Diablos! —gritó Miguel Ardán—. ¡Nos vemos horrorosos! ¿Qué inesperada luna es ésta?

—Un bólido —contestó Barbicane.

—¿Un bólido inflamado en el vacío?

Efectivamente, aquel globo de fuego era un bólido. Barbicane no se engañaba. Si estos meteoros cósmicos no presentan por lo general, cuando se observan desde la Tierra, más que una luz algo menor que la de la Luna, allí, en aquel sombrío éter, brillaba de manera extraordinaria. Estos cuerpos errantes llevan en sí mismos el principio de su incandescencia. No necesitan el aire para su deflagración. Repentinamente aparecido en la sombra, a una distancia de 450 kilómetros por lo menos, según el cálculo de Barbicane, debía tener un diámetro de dos mil metros. Se adelantaba con una velocidad de dos kilómetros por segundo, aproximadamente. Cortaba el camino del proyectil y debía alcanzarlo a los pocos minutos.

Imagínense, si se puede, la situación de los viajeros. Es imposible de describir. A pesar de su valor, sangre fría e indiferencia ante el peligro, estaban mudos, petrificados por un asombro terrible. Su proyectil, cuya marcha no podían desviar, corría derecho hacia la masa ígnea, más intensa que la encendida boca de un horno de reverbero. Parecía que se precipitaba hacia un abismo de fuego. Barbicane había cogido las manos de sus compañeros y todos miraban a través de sus párpados medio cerrados el asteroide caldeado al rojo blanco. Si el pensamiento no estaba extinguido en ellos, si su cerebro funcionaba aún en medio de su espanto, debían creerse perdidos.

Dos minutos después de la súbita aparición del bólido, ¡dos siglos de angustias!, cuando el proyectil parecía próximo a chocar con él, el globo de fuego estalló como una bomba, pero sin producir ningún ruido en medio de aquel vacío, donde el sonido no podía producirse.

Nicholl lanzó un grito; sus compañeros y él se precipitaron al cristal de los tragaluces.

—¡Qué espectáculo! ¿Qué pluma podría describirlo, qué paleta podría reproducir semejante riqueza de colores?

Semejaba la abertura de un cráter, como el esparcimiento de un incendio inmenso. Millares de fragmentos luminosos alumbraban y cortaban el espacio con sus resplandores. Estaban mezclados todos los tamaños, todos los matices, todos los colores, formando irradiaciones amarillas, amarillentas, rojas, verdes, grises; una corona multicolor de fuegos artificiales. Del terrible y enorme globo no quedaban más que pedazos lanzados en todas direcciones, convertidos a su vez en asteroides, unos llameantes como espadas, otros rodeados de una nube blanquecina y otros dejaban atrás de sí señales brillantes de polvo cósmico.

Esos fragmentos incandescentes se entrecruzaban y chocaban, deshaciéndose en trozos más pequeños, algunos de los cuales impactaron al proyectil. Su cristal de la izquierda llegó a quebrarse por el golpe violento con uno de ellos. El proyectil parecía flotar entre un granizo de bombas de las que la menor podía destruirlo en un momento.

La luz que inundaba el éter se difundía con incomparable intensidad porque los asteroides la dispersaban en todas las direcciones. Hubo un momento en que la luz fue tan viva que Miguel Ardán llevó a Barbicane y Nicholl hacia su lente, gritando.

—¡Por fin vemos la Luna hasta ahora invisible!

Y todos, merced a un derrame luminoso de algunos segundos vieron aquel disco misterioso que la vista del hombre contemplaba por primera vez.

¿Qué vieron a una distancia que no podían calcular? Algunas zonas prolongadas sobre el disco, verdaderas nubes formadas en un medio atmosférico muy reducido, en el cual aparecían no sólo todas la montañas, sino también los relieves de menor importancia, los circos, los cráteres abiertos y caprichosamente dispuestos, tal como habían visto que existen en la superficie visible. Después, espacios inmensos, no llanuras áridas, sino verdaderos mares, océanos abundantemente distribuidos, que reflejaban sobre su líquido espejo toda la magia deslumbradora de los fuegos del espacio. Finalmente, en la superficie de los continentes, extensas masas sombrías, tal como se ven las grandes selvas al rápido fulgor del relámpago.

¿Era una ilusión, un error de la vista, un espejismo, por decirlo de alguna manera? ¿Podían dar la afirmación científica a una observación tan superficialmente obtenida? ¿Se atrevían a decidir sobre el problema de su habitabilidad, con esa ligera ojeada del disco invisible?

Entre tanto, las fulguraciones del espacio se apagaron poco a poco; su resplandor accidental disminuyó; los asteroides se alejaron con diversas trayectorias y se extinguieron a lo lejos. El espacio volvió a sus habituales tinieblas; las estrellas, eclipsadas un momento, brillaron en el firmamento, y el disco, apenas entrevisto, se ocultó de nuevo en la noche impenetrable.

Un peligro terrible e imprevisto acababa de amenazar el proyectil. ¿Quién podía haberse imaginado que se encontrarían en su viaje con bólidos errantes? Eran bólidos que podían continuar amenazando a los intrépidos viajeros con otros graves peligros, pero para ellos eran apenas otros escollos que el navegante debe sortear en ese mar de éter que era el espacio.

Nuestros viajeros no se quejaban por esta suerte; por el contrario: la naturaleza les había proporcionado la gratificación de presenciar el espectáculo inigualable de un meteoro cósmico estallando con una explosión formidable. Además, el fuego de la explosión había producido luz suficiente para que por algunos segundos pudieran ver el rostro invisible de la Luna. En el curso de esa relampagueante iluminación habían podido apreciar continentes, mares y selvas.

Eran entonces las tres y media de la tarde, hora de la Tierra. El proyectil seguía su dirección curvilínea alrededor de la Luna.

¿Había sido modificada otra vez su trayectoria por el meteoro? Se debía temer que así fuese, sin embargo el proyectil debía describir una curva imperturbablemente determinada por las leyes de la mecánica racional.

Ninguno de los viajeros pensaba en descansar un momento. Todos acechaban algún hecho inesperado que arrojase una nueva luz sobre sus estudios lunares. A eso de las cinco, Miguel Ardán distribuyó, con el nombre de comida, algunos pedazos de pan y de carne fiambre, que fueron rápidamente devorados, sin que ninguno abandonase su tragaluz.

Hacia las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde, Nicholl, armado de su anteojo, señaló hacia el borde Sur de la Luna y en la dirección que seguía el proyectil, algunos puntos brillantes que se destacaban sobre el fondo sombrío del cielo. Se hubieran podido comparar a una serie de agudos picos, perfilándose como una línea recortada. Estos puntos se iluminaban con bastante intensidad. Así se ve el último término lineal de la Luna cuando se presenta en una de sus fases.

No había lugar a error. No se trataba de un simple meteoro cuya arista luminosa no tenía color ni movilidad. Mucho menos de un volcán en erupción, por lo cual Barbicane no tardó en decidirse.

—¡El Sol! —exclamó.

—¿Cómo, el Sol? —contestaron Nicholl y Miguel Ardán.

—Sí, amigos míos; es el astro radiante que ilumina la cima de esas montañas situadas en el borde Sur de la Luna. ¡Nos aproximamos, evidentemente, al polo Sur!

—Después de haber pasado por el polo Norte —contestó Miguel—. Entonces ¡Hemos dado la vuelta a nuestro satélite!

—Sí, mi valiente Miguel.

—En ese caso..., hemos descrito... una curva cerrada.

—Que se llama...

—Elipse. En vez de marchar a perdernos en los espacios interplanetarios, es probable que el proyectil describa una órbita alrededor de la Luna.

—Es cierto.

—Y se convertirá en su satélite.

—Luna de la Luna —exclamó Miguel Ardán.

—Pero quiero que recuerdes, mi querido amigo —replicó Barbicane—, que por eso no estamos menos perdidos.

—Sí, pero de otra manera, y mucho más divertida —respondió el imperturbable francés, con su más amable sonrisa.

El presidente Barbicane tenía razón. Al describir el proyectil una órbita elíptica, iba a gravitar eternamente alrededor de la Luna como un subsatélite. Era un nuevo astro añadido al mundo solar; un microcosmos, poblado por tres habitantes, que morirían por falta de aire dentro de poco tiempo. Por consiguiente, Barbicane no podía alegrarse de esta situación definitiva, impuesta al proyectil por la doble influencia de las fuerzas centrípeta y centrífuga. Él y sus compañeros iban a ver de nuevo la cara iluminada del disco lunar. ¡Tal vez la vida de los viajeros se prolongaría lo suficiente para que pudiesen ver por última vez toda la Tierra iluminada por los rayos del Sol! ¡Acaso podrían dirigir una última mirada de despedida a este globo que ya no volverían a ver! Después, su proyectil no sería más que una masa sin vida, semejante a esos inertes asteroides que circulan en el éter. Sólo tenían un consuelo: el de abandonar por fin aquellas insondables tinieblas y volver a la luz, entrando en las zonas bañadas por el Sol.

Entre tanto, las montañas descubiertas por Nicholl se separaban cada vez más de la masa de sombras.

Todas las montañas del hemisferio visible han sido medidas con una total exactitud. El método más comúnmente empleado es el que mide la sombra proyectada por las montañas, teniendo en cuenta la altura del Sol en el momento de la observación.

CAPITULO VIII

"TYCHO", Y POR LA VOLUNTAD DE DIOS

Cruzaron por encima del Polo Sur de la Luna como a eso de las seis de la tarde. La distancia que los separaba del satélite era de poco más de cincuenta kilómetros, es decir, la misma distancia que los había separado del Polo Norte. Una comprobación más de que el proyectil estaba siguiendo una curva elíptica.

Los viajeros saludaron con alegría el cruce del Polo Sur. Para ellos representaba abandonar la oscuridad de la noche espacial y sus consiguientes fríos. Ahora los alumbraba el Sol, el que además los calentaba con sus ardientes rayos, rayos que hicieron transpirar las paredes de metal y le dieron, de nuevo, su transparencia original a los vidrios de los tragaluces. Barbicane se apresuró a disminuir el flujo de gas, como medida de economía. El aparato que les proporcionaba aire quedó con su consumo mínimo habitual.

—¡Qué buenos son estos rayos calórico! —exclamó Nicholl. ¡Los selenitas deben esperar con impaciencia la reaparición del Sol después de una noche tan larga!

—Sí —contestó Miguel, aspirando hondo aquel éter brillante—. Luz y calor constituyen la esencia de la vida.

Advirtieron entonces la tendencia de la base del proyectil a separarse ligeramente de la superficie lunar, lo que significaba que seguía una órbita elíptica bastante prolongada. Si desde este instante hubiera sido visible toda la Tierra, Barbicane y sus compañeros hubieran podido verla de nuevo, pero sumergida en la irradiación del Sol, permanecía absolutamente invisible. También les llamaba la atención otro espectáculo y era el que presentaba la región austral de la Luna, aproximada por sus anteojos a 560 metros. Por lo tanto, no se separaban de las lentes y anotaban todos los detalles de este extraño continente.

Los montes "Daerfel" y "Leibnitz" formaban dos grupos separados que se extendían muy próximos al polo Sur.

—Eso es nieve —exclamó Miguel.

—¿Nieve? —repitió Nicholl.

—¡Sí, Nicholl! Nieve, cuya superficie está profundamente helada. Observa cómo refleja los rayos luminosos. Las lavas petrificadas no producirían una refracción tan intensa. Por consiguiente existe agua y aire sobre la Luna; será poca cantidad si se quiere, pero el hecho es innegable.

Y en verdad, así era; y si Barbicane regresaba algún día a la Tierra podría confirmar con sus notas este hecho de tanta trascendencia.

"Daerfel" y "Leibnitz" eran montes que se elevaban en medio de llanuras de mediana extensión, limitadas por una sucesión indefinida de circos y de muros anulares. Estas dos cadenas son las únicas que se encuentran en la región de los circos. Relativamente poco accidentadas, proyectaban en varias direcciones algunos picos agudos cuya cima más elevada mide 7.603 metros.

Desde el proyectil se dominaba todo este conjunto y el relieve desaparecía en el intenso resplandor del disco Lunar. Los viajeros volvieron a ver el aspecto envejecido de los paisajes lunares faltos de tono, sin gradación en el colorido, sin los matices de sombras, rudamente blancos y negros, por falta de luz difusa. Sin embargo, la vista de este mundo desolado no dejaba de ser curioso por lo extraño del mismo. Cruzaban por encima de aquella caótica región como arrastrados por el soplo del huracán, viendo pasar las cimas bajo sus pies, observando las cavidades con ojos atentos, analizando cada pliegue, ojeando cada hondonada; subían a las murallas hurgando en aquellas simas misteriosas, pero sin encontrar vestigios ni de población, y sólo estratificaciones, arroyos de lava, derrames pulimentados como inmensos espejos que reflejaban los rayos del Sol con un brillo irresistible. Nada que indicara un mundo vivo, y allí las avalanchas rodaban desde la cima de las montañas para caer sin ruido en el fondo de los abismos. Tenían el movimiento, pero les faltaba aun el ruido.

Con reiteradas observaciones Barbicane demostró que los relieves de los bordes del disco, aunque sometidos a fuerzas diferentes de las de la región central, presentaban una conformación pareja.

Como quiera que fuese, en su estado actual era un mundo imagen de la muerte, sin que fuese posible afirmar que alguna vez lo hubiese animado la vida.

Sin embargo, Miguel Ardán creyó distinguir una aglomeración de ruinas, que señaló a Barbicane, situada hacia el paralelo 93 grados de longitud. Aquella aglomeración de piedras colocadas con bastante regularidad parecía una extensa fortaleza, dominando una de las vastas hendiduras que habían servido de lecho a los ríos de los tiempos prehistóricos. No muy lejos se elevaba a 5.646 metros la montaña anular de "Short", igual al "Cáucaso" asiático.

Miguel Ardán, con su pasión acostumbrada, sostenía "la evidencia de una fortaleza". Por debajo se distinguía lo que semejaba las murallas desmanteladas de la ciudad; más allá, la bóveda aún intacta de un pórtico; por ahí, dos o tres columnas inclinadas sobre su base; más allá, una sucesión de curvaturas que debían haber contenido los canales de un acueducto; en otra parte, los pilares hundidos de un frente gigantesco construido sobre el espesor de una hendidura. Miguel Ardán veía todo esto con tanta alucinación en la mirada, a través de un anteojo tan fantástico, que no podía menos que desconfiarse de sus observaciones Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a afirmar que el simpático joven no había visto realmente lo que sus dos compañeros se negaban a ver?

En esos momentos no cabía una discusión ociosa. La ciudad selenita, real o irreal, había desaparecido ya. La distancia del proyectil al disco lunar continuaba aumentando y los detalles del suelo se perdían, confundiéndose. Sólo los relieves de los circos, de los cráteres, de las llanuras, continuaban percibiéndose con claridad.

Hacia la izquierda se dibujaba en ese momento uno de los más bellos circos de la orografía lunar, sin duda, lo más curioso de aquel continente. Era el monte "Newton", que Barbicane reconoció sin dificultad, consultando su mapa selenita. "Newton" forma un cráter anular, cuyas paredes, de 7.264 metros de altura, parecían gigantescas.

Barbicane señaló a sus compañeros el hecho que la altura de aquella montaña en relación a la llanura vecina estaba lejos de igualar a la profundidad de su cráter. El enorme orificio del cráter era imposible de medir, y formaba un abismo sombrío, cuyo fondo jamás era iluminado por los rayos solares.

—"Newton" —dijo Barbicane— es el tipo más perfecto de esas montañas anulares; en la Tierra no se conocen. Su existencia en la Luna prueba que la formación de aquel planeta, por enfriamiento, se debió a causas violentas; porque, mientras los relieves adquirían grandes alturas al impulso de los fuegos interiores, el fondo se retiraba mucho más abajo del nivel lunar.

—No lo discuto —contestó Miguel Ardán.

Pasado el monte "Newton" el proyectil se hallaba exactamente sobre la montaña anular de "Moret". Luego siguió desde lejos las cumbres de "Blancanus", y a eso de las siete y media de la noche, llagaba al cráter de "Clavius".

Este circo es uno de los más notables del disco.

Su altura se calcula en unos 7.091 metros. Los viajeros situados a unos cuatrocientos kilómetros, que se reducían a cuatro en los anteojos, pudieron admirar el conjunto de aquel extenso cráter.

—Los volcanes terrestres —dijo Barbicane— no son más que ratoneras en comparación con los de la Luna. El cráter más ancho de la Tierra mide diez kilómetros de diámetro. ¿Cómo comparar esas medidas con las de "Clavius", que vemos en este momento?

—¿Qué ancho tiene? —preguntó el capitán Nicholl.

—Doscientos veintisiete kilómetros —respondió Barbicane—. Es el circo más importante de la Luna, aunque muchos otros miden doscientos, ciento cincuenta o cien kilómetros.

—¡Amigos míos! —exclamó Miguel—. ¿Se figuran lo que debía ser este apacible astro de la noche cuando esos cráteres, henchidos de truenos, vomitaban torrentes de lava, granizadas de piedras, nubes de humo y llamas? ¡Qué espectáculo tan prodigioso entonces y ahora, qué decadencia! La Luna no es ya más que el seco cascarón de un fuego artificial, cuyos cohetes, petardos, serpentinas y soles, después de brillar resplandecientes, no han dejado más que recortaduras de cartón. ¿Cómo encontrar la causa y la razón de los cataclismos?

Barbicane no escuchaba estos delirios poéticos de Miguel Ardán; contemplaba el interior de "Clavius", formado por anchas montañas en su espesor de varios kilómetros. En el fondo de su inmensa cavidad se veía un centenar de pequeños cráteres apagados, y

que agujereaban el suelo convirtiéndolo en una verdadera espumadera, sobre un pico de unos mil quinientos metros.

Un aspecto de desolación completa presentaba la llanura. Nada tan árido como aquellos relieves, ni tan triste como aquellas montañas. No parecía sino que el satélite había reventado por aquel sitio.

El proyectil seguía su curva y aquel caos no cambiaba. Sin interrupción se sucedían los circos y las montañas desplomadas; nada de llanuras ni de mares; aquella era una Suiza o una Noruega intermitente. Pero en el centro de aquella región escabrosa, en su punto culminante, se levantaba la montaña más espléndida y deslumbradora del disco lunar: "Tycho", en la que la posteridad conservará siempre el nombre del ilustre astrónomo danés.

"Tycho" forma una concentración luminosa tan intensa, que los habitantes de la Tierra pueden verla sin anteojos, por más que se hallen a 450 mil kilómetros de distancia. Imagínense cuál sería su intensidad a los ojos de observadores situados a 677 kilómetros solamente.

La distancia que separaba a los viajeros de las cimas anulares de "Tycho" no era tan grande que no pudieran apreciar los principales detalles. Sobre el terraplén que formaba el circuito de "Tycho", se apoyan las montañas formando taludes interiores y exteriores a manera de gigantescas terrazas que parecían elevarse 100 a 130 metros más al Oeste que al Este. Ningún sistema de fortificaciones terrestres podía compararse con aquella fortificación natural. Una ciudad edificada en el fondo de aquella cavidad habría sido absolutamente inexpugnable.

—¡Ah! —exclamó Miguel Ardán entusiasmado ante aquella perspectiva—. ¡Qué grandiosa ciudad podría construirse en ese anillo de montañas! ¡Ciudad de las miserias humanas! ¡Cómo vivirían ahí tranquilos y aislados, todos esos misántropos, todos esos que detestan a la humanidad y repugnan la vida social!

—¿Todos? ¡No cabrían ahí! —respondió sencillamente Barbicane.

La posición del proyectil respecto de la Luna, visto por los tragaluces, se había modificado ligeramente y en ese momento su fondo se hallaba mirando la esfera terrestre. No dejó de sorprender a Barbicane este cambio, porque si el proyectil debía continuar gravitando en torno del satélite siguiendo una órbita elíptica, ¿por qué no volvía su parte pesada hacia la Luna, como ésta hace con la Tierra? En esto había de nuevo un punto difícil de aclarar.

El estudio determinado de la marcha del proyectil decía que al separarse de la Luna seguía una curva idéntica a la que había trazado al acercarse. Describía una elipse muy prolongada, que se extendía probablemente hasta el punto de atracción igual, de equilibrio, donde se neutralizan las fuerzas de la Tierra y de su satélite.

Barbicane dedujo acertadamente este efecto de los hechos observados, y sus amigos estuvieron de acuerdo con el. Inmediatamente empezaron a lloverle las preguntas.

—¿Qué nos sucederá —preguntó Miguel Ardán— cuando volvamos a ese punto muerto?

—¡Eso es una incógnita! —respondió Barbicane.

—Pero supongo que se podrían formular hipótesis.

—Sólo dos —respondió secamente Barbicane—. O la velocidad del proyectil será insuficiente en ese momento y permanecerá eternamente inmóvil en aquella línea de doble atracción...

—Sea cual fuere —interrumpió Miguel— prefiero la otra hipótesis.

—... o su velocidad será suficiente —continuó Barbicane— y seguirá su derrotero elíptico para gravitar eternamente alrededor del astro de la noche.

—Opción poco consoladora —dijo Miguel—. Pasar al estado de humildes servidores de una Luna que estamos acostumbrados a considerar como sierva nuestra. ¡Vaya un porvenir que nos aguarda!

Ni Barbicane ni Nicholl dijeron nada.

—¿Se quedan callados?—siguió preguntando Miguel, impaciente.

—No hay nada que responder —dijo Nicholl.

—¿Ni nada que intentar?

—No —respondió Barbicane—. ¿Pretenderías luchar contra lo imposible?

—¿Por qué no? ¿Un francés y dos americanos han de retroceder ante semejante palabra?

—Pero ¿qué quieres hacer?

—Dominar este movimiento que nos arrastra.

—¿Dominarlo?

—Sí —repitió Miguel, animándose—, controlarlo, contenerlo o modificarlo, utilizarlo, en fin, para el logro de nuestros proyectos.

—¿Y cómo?

—¡Eso les toca resolver a ustedes! Si los artilleros no son dueños de sus proyectiles, no son tales artilleros... ¡Si el proyectil manda al artillero, es preciso meter a éste en el cañón en lugar de aquél! ¡Vaya unos sabios! Ahora no saben qué hacer, después de haberme inducido...

—¿Inducido? —exclamaron a un tiempo Nicholl y Barbicane—. ¿Qué quieres decir?

—¡No andemos con recriminaciones! —dijo Miguel—. ¡No me quejo! El paseo es de mi gusto y el proyectil también. Pero me parece que debemos hacer cuanto sea humanamente posible para caer en alguna parte, ya que no caemos en la Luna.

—Nosotros no deseamos otra cosa, Miguel —respondió Barbicane—, pero carecemos de recursos para conseguirlo.

—¿No podemos modificar el movimiento del proyectil?

—No.

—¿Ni disminuir su velocidad?

—No.

—¿Ni aun aligerándolo como se aligera un barco demasiado cargado?

—¿Qué quieres botar? —respondió Nicholl—. No tenemos lastre a bordo; además, me parece que el proyectil aligerado marcharía más a prisa.

—Más despacio —dijo Miguel.

—Más aprisa —replicó Nicholl.

—Ni más aprisa ni más despacio —terció Barbicane, para poner en paz a sus amigos—, porque flotamos en el vacío, donde no se puede tener en cuenta el peso específico.

—Pues bien —exclamó Miguel en tono decisivo—, entonces sólo nos queda una cosa que hacer.

—¿Cuál? —pregunto Nicholl.

—¡Almorzar! —respondió, imperturbable, el audaz francés, que en los momentos de apuro siempre acababa de este modo.

Eran las dos de la mañana, pero la hora importaba poco para almorzar. Miguel sirvió su comida habitual terminada por una excelente botella sacada de la bodega secreta. Si no brotaban las ideas en sus cerebros ahora pensó, había que desconfiar del Chambertin 1863.

Terminada la comida comenzaron de nuevo las observaciones. En torno del proyectil, a invariable distancia, los objetos arrojados fuera. Era indudable entonces que el proyectil no había atravesado atmósfera alguna en su movimiento de traslación alrededor de la Luna, porque de no ser así, el peso específico de aquellos objetos habría modificado su marcha relativa.

Nada había que ver por la parte del esferoide terrestre. La Tierra no llevaba más que un día de su primer cuarto; había sido nueva la víspera a medianoche, y debía pasar dos días antes de que se dibujase su primer segmento luminoso viniendo a servir de reloj a los selenitas, puesto que en su movimiento de rotación cada uno de sus puntos pasa veinticuatro horas después por el mismo meridiano de la Luna.

El espectáculo era diferente por el lado de la Luna; el astro brillaba con todos sus resplandores, en medio de un sinnúmero de constelaciones cuya claridad no empañaban sus rayos. En su disco, las llanuras empezaban a verse ya con ese tinte oscuro que se ve desde la Tierra. El resto del nimbo permanecía brillante, y en medio de su brillantez general "Tycho" se destacaba como un Sol.

No había manera para que Barbicane pudiera apreciar la velocidad del proyectil, pero el razonamiento le demostraba que aquella velocidad debía disminuir de modo uniforme de acuerdo con las leyes de la mecánica racional.

Admitiendo que el proyectil describiera una órbita alrededor de la Luna, esta órbita sería necesariamente elíptica. La ciencia sostiene que debe ser así. Ningún móvil circulando en torno de un cuerpo atrayente falta a esa ley. Todas las órbitas descritas en el espacio son elípticas, las de los satélites alrededor de los planetas, las de los planetas alrededor del Sol, la del Sol alrededor del astro desconocido que le sirve de centro. ¿Qué razón había para que el proyectil del Club del Cañón dejara de seguir esta disposición natural?.

Considerando que en las órbitas elípticas el cuerpo atrayente ocupa siempre uno de los focos de la elipse, el satélite en un momento se encuentra más cerca y en otro momento más lejos del astro en cuyo derredor gravita. Cuando la Tierra está más próxima al Sol, se halla en su perihelio, y cuando más lejana, en su afelio. Si se habla de la Luna, está más cerca de la Tierra en su perigeo, y más lejos, en su apogeo.

Usando términos análogos que pueden enriquecer la lengua de los astrónomos, si el proyectil permanecía en estado de satélite de la Luna, se debería decir que se hallaba en su "aposelenio", cuando estuviera más lejos y en su "periselenio" cuando estuviera más cerca del astro de la noche.

El proyectil debía llegar a su máximo de velocidad en este último caso y en el primer caso, quedarse en el mínimo. Ahora marchaba indudablemente hacia su punto aposelénico, y Barbicane pensaba con razón que su velocidad decrecía hasta ese punto, para aumentar de nuevo a medida que volviera a acercarse a la Luna. Y la velocidad llegaría a ser nula, si aquel punto se confundía con el de las atracciones equidistantes.

Las consecuencias de aquellas diferentes situaciones eran evidentemente estudiadas por Barbicane y trataba de averiguar el partido que podría sacar de cada una de ellas, cuando fue interrumpido en sus meditaciones por un grito de Miguel Ardán.

—¡Por Dios! —exclamó Miguel—. ¡Hay que confesar que somos tontos rematados!

—No digo que no —respondió Barbicane—. Pero, ¿por qué?

—Porque tenemos un medio muy sencillo de retardar esa velocidad que nos aleja de la Luna, y no lo usamos.

—¿A qué te refieres?

—¡A la fuerza de retroceso de nuestros cohetes!

—¡Es verdad que no henos pensado en esa fuerza —respondió Barbicane—, pero la utilizaremos ahora!

—¿Cuándo?—pregunto Miguel.

—Cuando llegue el momento oportuno. Observen, amigos míos, que en la posición actual del proyectil, posición oblicua todavía respecto del disco lunar, nuestros cohetes, modificando su dirección, podrían apartarlo en vez de aproximarlo a la Luna. Ahora bien, ¿ustedes quieren llegar a la Luna?

—¡Por supuesto! —respondió Miguel.

—Espera, entonces. Por efecto de una influencia inexplicable, el proyectil tiende a volver su fondo hacia la Tierra. Es probable que en el punto de atracción igual su vértice cónico se dirija enteramente hacia la Luna. En aquel momento se puede esperar que su velocidad sea nula. Ése será el momento de actuar, y bajo el impulso de nuestros cohetes, quizá podremos provocar una caída directa a la superficie del disco lunar;

—¡Bravo! —dijo Miguel.

—Eso no lo hicimos ni podíamos hacerlo al pasar la primera vez por el punto muerto, en razón a que el proyectil se hallaba animado todavía de una velocidad demasiado grande.

—Muy bien razonado —dijo Nicholl.

—Esperemos con paciencia —prosiguió Barbicane—. Pongamos de nuestra parte todas las probabilidades, y después de haber desesperado tanto, empiezo a creer que lograremos nuestro objeto.

Esta conclusión mereció los aplausos de Miguel Ardán. Ninguno de aquellos tres locos se acordaba ya de que la Luna no estaba habitada, ni que era inhabitable; lejos de eso, iban a hacer todos los esfuerzos posibles por llegar a ella.

Faltaba sólo resolver un problema. ¿En qué momento llegaría el proyectil al punto de atracción igual en que los viajeros se jugarían el todo por el todo?

Barbicane sólo necesitaba consultar sus notas para calcular este momento. Hecho esto, supo que faltaban veintidós horas, si la marcha del proyectil no sufría alteración, para llegar al punto esperado.

Los cohetes habían sido dispuestos ya con anterioridad para debilitar la caída del proyectil sobre la Luna, y ahora los audaces viajeros iban a emplearlos para producir un

efecto enteramente contrario. Como quiera que fuese, estaban dispuestos y no tenían más que esperar el momento de prenderles fuego.

—Ya que no hay nada que hacer —dijo Nicholl—, voy a proponer una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Barbicane.

—Propongo dormir.

—¡Vaya una idea! —exclamó Miguel Ardán.

—Hace cuarenta horas que no hemos pegado los ojos —dijo Nicholl—. Unas cuantas horas de sueño nos devolverán nuestras fuerzas.

—Me opongo —replicó Miguel.

—Bueno —prosiguió Nicholl—, que cada cual haga lo que le plazca; por mi parte, me voy a dormir.

Y tendiéndose en un diván, no tardó en roncar profundamente.

—Nicholl es un hombre con sentido común —dijo al poco rato Barbicane—. Voy a seguir su ejemplo.

Y a los pocos instantes le imitaba.

—No se puede negar —dijo Miguel cuando se vio solo— que estos hombres prácticos suelen tener buenas ocurrencias.

Y extendiendo sus piernas y cruzando sus brazos detrás de la cabeza, se durmió también. Pero a las siete de la mañana ya estaban otra vez en pie.

El proyectil continuaba alejándose de la Luna e inclinando más y más hacia ella su parte cónica. Este fenómeno le resultaba inexplicable pero servía perfectamente a los planes de Barbicane.

Faltaban diecisiete horas para que llegara el momento de actuar. El día se hizo largo. Por más animosos que fueran los viajeros, se sentían vivamente agitados al acercarse el instante que debía decidirlo todo: su caída hacia la Luna o su eterno encadenamiento en una órbita inmutable.

A veces cruzaban rápidamente por su imaginación los recuerdos de la Tierra, y se figuraba ver a sus amigos del Club del Cañón, especialmente al más querido de todos: J. T. Maston. En aquel momento, el respetable secretario debía estar ocupando su puesto en las montañas Rocosas. ¿Qué pensará cuando viese el proyectil en el espejo de su gigantesco telescopio? ¡Después de verlo desaparecer detrás del polo Norte! ¡Se había convertido en un satélite de un satélite! ¿Habría lanzado J. T. Maston por el mundo esta inesperada noticia? ¿Debía ser éste el desenlace de tan gran empresa?

Sin incidente alguno el día pasó, y llegó la medianoche terrestre. Iba a comenzar el 8 de diciembre; dentro de una hora debían llegar al punto de atracción igual; ¿Qué velocidad llevaba entonces al proyectil? No se podía calcular. Pero ningún error podía inutilizar los cálculos de Barbicane: a la una de la mañana la velocidad debía ser y sería nula.

El punto de detención del proyectil en la línea neutral debía coincidir, además, con otro fenómeno: en aquel punto en que se anulaban las dos atracciones, terrestre y lunar, los objetos no pesarían, repitiéndose el singular fenómeno que tanto había sorprendido ya una vez a Barbicane y a sus compañeros. En aquel momento preciso sería menester entrar en acción.

El vértice cónico del proyectil se hallaba ya sensiblemente vuelto hacia el disco lunar, y la posición permitía utilizar perfectamente todo el retroceso producido por el empuje de los cohetes. Las probabilidades se tornaban favorables para los viajeros. Si la velocidad del proyectil quedaba enteramente anulada en aquel punto muerto, bastaría un pequeño movimiento hacia la Luna, por ligero que fuera, para determinar su caída.

—La una menos cinco minutos —anunció el capitán Nicholl.

—Todo está dispuesto —dijo Miguel Ardán, acercando una mecha preparada a la llama de gas.

—¡Espera! —dijo Barbicane, que tenía en la mano su cronómetro.

La gravedad no se sentía en aquel momento, y los viajeros percibían en sí mismos aquella completa desaparición. Estaban próximos al punto neutro, si no en el mismo.

—¡La una! —dijo Barbicane.

Miguel aplicó la mecha inflamada a un aparato que ponía en comunicación instantánea a los cohetes. No se oyó ninguna detonación en la parte exterior, donde faltaba el aire. Pero por los tragaluces, Barbicane vio un fogonazo prolongado que se extinguió poco a poco. El proyectil sufrió una sacudida que se percibió con toda claridad en su interior. Los tres amigos miraban, escuchaban sin hablar, respirando apenas; podían oírse los latidos de sus corazones en medio de aquel silencio absoluto.

—¿Caemos? —preguntó por último Miguel Ardán.

—No —respondió Nicholl—, puesto que el fondo del proyectil no se vuelve hacia el disco Lunar.

Barbicane, separándose del cristal del tragaluz, se volvió en ese momento hacia sus compañeros, los cuales le vieron terriblemente pálido, con la frente arrugada y los labios contraídos.

—¡Caemos! —dijo.

—¡Ah! —exclamó Miguel Ardán—. ¿Hacia la Luna?

—¡Hacia la Tierra! —respondió Barbicane.

—¡Demonios! —exclamó Miguel Ardán, y añadió luego, filosóficamente—: ¡Bueno! ¡Al entrar en el proyectil pensábamos que no sería fácil salir de él!

En efecto, la espantosa caída había comenzado. La velocidad que conservaba el proyectil lo había llevado más allá del punto muerto sin que pudiera impedirlo la explosión de los cohetes. Aquella velocidad que, a la ida, había arrastrado al proyectil fuera de la línea neutra, lo arrastraba también de vuelta. La física exigía que, su órbita elíptica, volviera a recorrer todos los puntos por donde había pasado antes.

Era una caída terrible, desde una altura de 352 mil kilómetros y que ningún muelle ni resorte podía amortiguar. ¡Con arreglo a las leyes de la balística el proyectil debía dar en la Tierra con una velocidad de doscientos sesenta mil kilómetros.

—¡Estamos perdidos! —dijo fríamente Nicholl.

—Pues bien, si morimos —respondió Barbicane con una especie de vehemencia religiosa—, el resultado de nuestro viaje será mucho mayor de lo que pensábamos. ¡Dios mismo nos dirá su secreto! ¡En la otra vida, el alma no necesitará máquinas ni aparatos para saberlo todo! ¡Se identificará con la sabiduría eterna!

—¡En todo caso —replicó Miguel Ardán—, el otro mundo, todo entero, bien puede consolarnos de la pérdida de ese astro infinito que se llama Luna!

Barbicane cruzó los brazos sobre el pecho con un ademán de sublime resignación.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —dijo.

CAPÍTULO IX

SONDEOS SUBMARINOS

—¡Teniente! ¿Cómo va ese sondeo?

—Caballero, creo que la operación está por terminarse —respondió el teniente Bronsfield—, pero, ¿quién habría podido imaginarse semejante profundidad tan cerca de la costa, de la Tierra? Nos hallamos apenas a unos kilómetros de distancia de la costa americana, Señor.

—Así es, Bronsfield; es una gran depresión —dijo el capitán Blomsberry—. Es obvio que existe aquí un valle submarino ahondado por la corriente de Humboldt, que sigue al contorno de las costas de América hasta el Estrecho de Magallanes.

—Estas grandes profundidades —continuó el teniente— son poco favorables para la colocación del cable telegráfico. Es mejor un fondo más plano.

—Estoy de acuerdo, Bronsfield. Y si no tiene inconveniente, teniente, ¿podría decirme qué profundidad tenemos ahora?

—Ahora tenemos más de siete mil metros de sonda y aún no ha tocado fondo el proyectil que la sumerge, de lo contrario ésta se hubiera elevado por sí misma.

—¡Fondo! —gritó en ese momento uno de los timoneles de proa que vigilaba la operación.

El capitán y el teniente se dirigieron en seguida al castillo de proa.

—¿Qué profundidad tenemos? —preguntó el capitán.

—Siete mil doscientos cincuenta y cuatro metros, señor —contestó el teniente, apuntando esta cifra en su cuaderno de observaciones.

—Bien, Bronsfield —dijo el capitán—; voy a trasladar este resultado a mi mapa. Ahora vea que suban a bordo la sonda. Mientras se hace esta operación, que enciendan los fogones, y así estaremos listos para partir cuando haya terminado. Son las diez de la noche, teniente, voy a acostarme. Buenas noches.

El capitán del "Susquehanna", un valiente entre los valientes y humilde servidor de sus oficiales, llegó a su camarote, tomó su vaso de brandy, que valió interminables muestras de satisfacción al repostero, se acostó, no sin felicitar antes a su criado por lo bien acondicionado del lecho, y se durmió con apacible sueño.

Eran las diez de la noche. El día 11 de diciembre concluía con una noche magnífica.

El "Susquehanna", corbeta de 500 caballos de la Marina Nacional de los Estados Unidos, se ocupaba de hacer sondeos en el Pacífico, a 450 kilómetros aproximadamente de la costa americana, hacia la altura de esa península prolongada que se dibujaba en la costa de Nuevo México.

Poco a poco había cesado el viento. Nada agitaba el aire. El gallardete de la corbeta colgaba inerte, inmóvil sobre el mastelero de juanete.

El capitán Jonatán Blomsberry, primo hermano del coronel Blomsberry, uno de los más ardientes miembros del Club del Cañón, no hubiera podido desear mejor tiempo para conducir con buen resultado sus delicadas operaciones de sondeo. Su corbeta no había experimentado ninguno de los efectos de esa vasta tempestad que había barrido las nubes amontonadas sobre las montañas Rocosas, y permitió seguir al famoso proyectil. Todo funcionaba a su entera satisfacción, y no olvidaba dar gracias al cielo con todo el fervor de un presbiteriano.

La serie de sondeos realizados por el "Susquehanna" tenía por objetivo reconocer los fondos más favorables para el establecimiento de un cable submarino que debía comunicar las islas Hawai con la costa americana, un vasto proyecto debido a la iniciativa de una poderosa compañía.

La Luna, en su último cuarto, empezaba a asomar sobre el horizonte.

Aún no había concluido a la una de la mañana la extracción de la sonda. Todavía faltaban tres mil metros y había trabajo para unas cuantas horas. Los fuegos estaban encendidos según la orden del capitán, y la caldera estaba preparada para que partiese el "Susquehanna" en aquel mismo momento.

Pero en ese instante (era la una y diecisiete minutos de la mañana) y cuando el teniente Bronsfield se disponía a abandonar la cubierta y entrar en su camarote, llamó su atención un silbido lejano y repentino. Al principio creyeron que este silbido era causado por una fuga de vapor, pero al levantar la cabeza, observaron que el ruido provenía de las capas más lejanas del aire.

Aún no habían tenido tiempo de hacerse una pregunta, cuando el silbido tomó una intensidad espantosa, y de repente apareció ante sus ojos deslumbrados un bólido enorme, inflamado por la rapidez de la carrera y por el frotamiento con las capas atmosféricas.

¡Aquella masa ígnea aumentó de tamaño ante sus ojos, cayó con el ruido del trueno sobre el bauprés de la corbeta, que quebró al nivel de la proa, y se hundió en las olas con un estampido atronador!

¡Si hubiese caído algunos pies más cerca del "Susquehanna", ésta hubiera zozobrado!

En aquel instante se presentó medio vestido el capitán Blomsberry, y lanzándose como los demás, hacia el castillo de proa, preguntó:

—¿Qué ha sucedido, señores?

Y el joven guardiamarina, haciéndose intérprete de todos, exclamó:

—¡Capitán, son "ellos" que han regresado.

A bordo del "Susquehanna" la emoción fue muy grande. Oficiales y marineros, haciendo abstracciones del grave peligro que acababan de pasar, no pensaban más que en el fin catastrófico que había tenido ese viaje, la empresa más arriesgada de todos los tiempos, antiguos y modernos y que, con todas probabilidad, le había costado la vida a los intrépidos aventureros que lo habían intentado.

"Son ellos que han regresado", había dicho el joven guardia, y todos le habían comprendido. Nadie ponía en duda que el bólido era el proyectil del Club del Cañón. En cuanto a los viajeros que encerraba, las opiniones sobre su suerte estaban divididas.

—Han muerto –decía uno.

—Viven —respondía otro—. La capa de agua es profunda y la caída ha sido amortiguada por el agua.

—¡Pero les habrá faltaba el aire —decía otro—, y han debido morir asfixiados!

—Asados —respondió otro—. El proyectil no era más que una masa incandescente al atravesar la atmósfera.

—¡Qué importa! —exclamaron todos—. Vivos o muertos, hay que sacarlos del fondo del mar.

El capitán Blomsberry había reunido de inmediato a sus oficiales y celebraba consejo con ellos. Había que tomar inmediatamente una resolución apremiante: sacar el proyectil, operación difícil aunque no imposible. Sin embargo, la corbeta no tenía máquinas adecuadas, que debían ser de gran potencia y exactitud. Se resolvió entonces dirigirse al puerto más cercano y avisar al Club del Cañón de la caída del proyectil.

Esta determinación fue tomada por unanimidad. La elección del puerto fue objeto de discusión. La costa próxima no presentaba ningún fondeadero. Más arriba por encima de la península de Monterrey, se encontraba la importante ciudad que le ha dado su nombre, pero situada en los confines de un verdadero desierto, no enlazaba con el interior por ninguna red telegráfica, y sólo la electricidad podía transmitir rápidamente esta importante noticia.

La bahía de San Francisco se abría algunos grados más arriba. Forzando la máquina el "Susquehanna" podía llegar en menos de dos días al puerto de San Francisco. Por consiguiente debía partir sin demora.

Los fuegos estaban encendidos y se podía aparejar de inmediato. Como faltaban por sacar dos mil metros de sonda el capitán Blomsberry decidió no perder tiempo y cortar la sonda por la línea de flotación.

—Ataremos al cabo una hoya —dijo—, y ésta nos indicará el punto donde ha caído el proyectil.

—Además —agregó el teniente—, sabemos nuestra situación exactamente: 27 grados 7' de latitud Norte y 41 grados 37' de longitud Oeste.

Bien, señor Bronsfield —respondió el capitán—, ordene cortar la cuerda.

Una fuerte boya reforzada con berlingas fue lanzada al océano. A ella se ató el cabo de la sonda; expuesta únicamente al vaivén del oleaje, no podía derivar mucho.

Casi al mismo tiempo el maquinista le comunicó al capitán que había presión suficiente para marchar. El capitán dio gracias por el aviso, y mandó hacer rumbo Nornordeste. La corbeta se dirigió a todo vapor hacia la bahía de San Francisco. Eran las tres de la mañana.

Novecientos noventa kilómetros no eran gran cosa para un barco de tan buena marcha como el "Susquehanna". En treinta y seis horas devoró la distancia, y el 14 de diciembre, a la una y veintisiete minutos de la noche, fondeaba en la bahía de San Francisco.

El capitán Blomsberry y el teniente Bronsfield pasaron a un bote provisto de ocho remeros, que los llevó rápidamente a tierra.

—¿Dónde está el telégrafo? —preguntó en el muelle, sin responder a las mil preguntas que todo el mundo le hacía.

El oficial del puerto les condujo en persona a la oficina del telégrafo, en medio de un inmenso gentío de curiosos.

A los pocos minutos se mandaba un despacho en cuatro direcciones distintas: al secretario de Marina, en Washington; al vicepresidente del Club del Cañón, en Baltimore; al señor J. T. Maston, Long's Peak, en las montañas Rocosas, y al director del Observatorio de Cambridge, en Massachusetts.

El despacho decía:

"Proyectil del "Columbiad" caído en el Pacífico el 12 de diciembre a la una y diecisiete minutos de la mañana, a los 27 grados 7' de longitud Norte y 41 grados 37' de longitud Oeste. Enviad instrucciones. Blomsberry, comandante del "Susquehanna"."

Toda la ciudad sabía la noticia a los cinco minutos. Antes de las seis de la tarde, los diferentes Estados de la Unión se enteraban de la catástrofe. Y a las doce de la noche Europa se enteraba por el cable del resultado de la gran tentativa americana.

Imposible describir el efecto que produjo en el mundo entero aquel inesperado desenlace.

El secretario de la Marina envió un telegrama al "Susquehanna" con la orden de esperar en la bahía de San Francisco, sin apagar los fogones; debía permanecer, día y noche, dispuesto a hacerse a la mar.

El Observatorio de Cambridge se reunió en sesión extraordinaria, y con la calma que distingue a las corporaciones de sabios, discutió el punto científico de la cuestión.

En el Club del Cañón hubo una verdadera explosión. Todos los artilleros estaban reunidos y el respetable Wilcome, vicepresidente de la sociedad, estaba leyendo aquel despacho prematuro, en el que J. T. Maston y Belfast informaban haber visto el proyectil por medio del gigantesco telescopio de Long's Peak. Esta comunicación añadía que el proyectil, retenido por la atracción lunar, hacía el papel de subsatélite en el sistema solar.

Conocemos la verdad sobre este punto.

El despacho de Blomsberry contradecía de manera terminante el telegrama de J.T. Maston. Se formaron dos partidos en el seno del Club del Cañón. Uno, los que admitían la caída del proyectil y, por consiguiente, la caída de los viajeros; otro, los que daban más crédito a las observaciones de Long's Peak, y suponían que el comandante del "Susquehanna" estaba equivocado. En opinión de éstos, el supuesto proyectil no era más que uno de tantos bólidos que cruzaban la atmósfera. No era fácil negar esta afirmación, atendido a que la velocidad del cuerpo caído había hecho imposible observarle.

El comandante del barco y sus oficiales podían haberse equivocado con el mejor deseo. Había, no obstante, un argumento en su favor: y era que, si el proyectil había caído en tierra, su encuentro con la Tierra no podía producirse sino a los 27 grados de latitud Norte, y teniendo en cuenta el tiempo trascurrido y el movimiento de rotación del planeta, entre los 41 y 42 grados de longitud Oeste.

No obstante la discusión, el Club del Cañón acordó por unanimidad que Blomsberry, hermano, Bilby y el mayor Elphiston, se trasladasen inmediatamente a San Francisco y determinar los medios de sacar el proyectil de las profundidades del océano.

Los tres hombres partieron al instante y el ferrocarril los condujo a San Luis, donde les esperaban sillas de postas.

Casi en el mismo momento en que el secretario de Marina, el vicepresidente del Club del Cañón y el subdirector del Observatorio recibían el despacho de San Francisco, el respetable J. T. Maston sufría la emoción más violenta de toda su vida, emoción que no le había producido el estallido de su célebre cañón, y que de nuevo estuvo a punto de costarle la vida.

Se recordará que el secretario había partido pocos instantes después de disparado el proyectil hacia su puesto de observación en Long's Peak, en las montañas Rocosas. El sabio Belfast, director del Observatorio de Cambridge, le acompañaba y apenas llegaron a la estación, ambos se instalaron en sus puestos y no se separaron un momento de la boca de su enorme telescopio.

Calcúlese cuánta sería su alegría al poder contemplar, la noche del 5 de diciembre, el vehículo que conducía a sus amigos a través del espacio. Pero a aquel júbilo siguió un amargo desengaño cuando, fiándose de observaciones incompletas, enviaron su primer telegrama con la afirmación de que el proyectil se había convertido en satélite de la Luna gravitando en una órbita inmutable.

El proyectil no había vuelto a presentarse a su vista desde aquel instante, lo cual se explicaba con tanta mayor facilidad cuanto que entonces pasaba detrás de la Luna. Pero cuando debió aparecer de nuevo sobre el disco visible, puede juzgarse la impaciencia de J. T. Maston y de su compañero, no menos impaciente que él. A cada minuto de la noche creían ver de nuevo el proyectil, y no lo veían. De aquí nacían entre ellos incesantes discusiones, disputas violentas; Belfast afirmando que el proyectil no estaba visible, y J. T. Maston sosteniendo que "saltaba a los ojos".

—¡Es el proyectil! —repetía J. T. Maston.

—¡No es cierto! —respondía Belfast—. Es una avalancha que se desprende de una montaña lunar.

—¡Pues bien! Se verá mañana.

—¡No! ¡Ya no se verá más! Va a ser arrastrado al espacio.

—¡No!

—¡Sí!

Y en aquellos momentos en que llovían interjecciones, la irritabilidad bien conocida del secretario del Club del Cañón constituía un peligro permanente para el respetable Belfast.

Eran las 10 de la noche cuando el criado de Belfast llegó a la plataforma y entregó a su amo el telegrama de marras.

Belfast rasgó el sobre, leyó el contenido y lanzó un grito.

—¡Qué ocurre! —dijo Maston.

—¡El proyectil!

—¿Qué le ha pasado?

—¡Ha caído a la Tierra!

—¿Conque ha caído ese maldito proyectil? —preguntó J. T. Maston.

—¡En el Pacífico!

—Partamos, entonces.

Un cuarto de hora después, los dos sabios bajaban la cuesta de las montañas Rocosas; a los dos días llegaban a San Francisco al mismo tiempo que sus amigos del Club del Cañón, después de reventar cinco caballos en el camino.

—¿Qué vamos a hacer? —dijeron.

—Rescatar el proyectil —respondió J. T. Maston—, cuanto antes.

Librodot

CAPITULO X

DE VUELTA A.... LA VIDA

El sitio donde había caído el proyectil era perfectamente conocido, el problema no era encontrar el lugar sino de qué maquinaria valerse para sacarlo de las profundidades. De modo que los ingenieros americanos se entregaron a la tarea de inventar algo.

De esta manera, empleando garfios y roldanas, y ayudados por la fuerza del vapor, creían poder levantar el proyectil. Naturalmente que no se trataba sólo de eso, ¡había que sacarlo pronto si se quería rescatar con vida a los pasajeros... si es que todavía la conservaban!

—Sí —repetía sin cesar J. T. Maston, quien animaba a todo el mundo—, nuestros amigos son hombres de talento, y no pueden haber caído como imbéciles. Están vivos, estoy seguro, por lo tanto hay que apresurarse. ¡No tengo cuidado por los víveres, ni por el agua, porque de ambas cosas llevan para mucho tiempo! ¡Pero el aire! ¡Esto es lo que puede faltarles!

El "Susquehanna" se preparaba para su nuevo destino y todos se apresuraban. Sus máquinas fueron dispuestas para maniobrar con las cadenas de tiro. El proyectil de aluminio no pesaba más que 8.660 kilos, peso mucho menor que el del cable trasatlántico que fue levantado del mismo modo. La única dificultad era la forma cilindro–cónica del proyectil, que le hacía difícil de sujetar.

El ingeniero Murchisson se encargó de remediar este inconveniente; corrió a San Francisco, hizo construir unos garfios enormes con un sistema hidráulico que una vez sujeto al proyectil entre sus enormes tenazas no lo soltarían más. También hizo preparar escafandras, que permitirían a los buzos reconocer el fondo del mar; y embarcó a bordo del "Susquehanna" aparatos de aire comprimido, muy ingeniosamente dispuestos. Eran unas verdaderas cámaras con tragaluces, y que el agua, introducida en ciertos compartimientos, podía arrastrar a grandes profundidades. Estos aparatos existían en San Francisco, donde habían servido para la construcción de un dique submarino.

No obstante a pesar de la perfección de aquellos aparatos y del talento de los sabios que habían de usarlos, el éxito de la operación no estaba asegurado. Era necesario andar muy a prisa, y J. T. Maston apremiaba día y noche a sus trabajadores. Él, por su parte, estaba dispuesto a vestirse la escafandra y a ensayar los aparatos de aire, para reconocer la situación de sus valerosos amigos.

A pesar de la diligencia empleada para la confección de los diferentes aparatos, a pesar de las considerables sumas que el gobierno de los Estados Unidos puso a disposición del Club del Cañón, pasaron cinco días mortales, ¡cinco siglos!, antes de que estuvieran terminados los preparativos.

Al fin se embarcaron a bordo del "Susquehanna" las cadenas de tiro, las cámaras de aire, los garfios hidráulicos y todo lo demás. J. T. Maston, el ingeniero Murchisson y los delegados del Club, ocupaban ya sus camarotes. No había más que partir.

Después de una rápida travesía, el 23 de diciembre, a las ocho de la mañana el barco debía hallarse en el sitio del siniestro; pero fue preciso esperar hasta el mediodía para obtener la altura con exactitud, pues la boya a que se hallaba sujeta la sonda no aparecía.

A las doce, el capitán Blomsberry, ayudado de sus oficiales, tomó la altura en presencia de los delegados el Club del Cañón. Hubo entonces un momento de ansiedad. Determinada la posición del "Susquehanna", resultó hallarse unos cuantos minutos al Oeste del sitio en que el proyectil había desaparecido bajo las olas.

La corbeta tomó en seguida la dirección necesaria para llegar a aquel sitio, y a las doce y cuarenta y siete minutos se encontró la boya, que se hallaba en buen estado y debía haber derivado muy poco.

—¡Por fin! —exclamó J. T. Maston.

—¿Empezamos? —preguntó el capitán Blomsberry.

—Sin perder un instante —respondió el bravo J. T. Maston.

Se tomaron todas las precauciones para que la corbeta permaneciese casi inmóvil, pero antes de pensar en recoger el proyectil el ingeniero Murchisson quiso reconocer la posición del fondo oceánico. Los aparatos submarinos, destinados a aquel reconocimiento, recibieron su provisión de aire.

A la una y veinticinco minutos de la tarde, comenzó el descenso y la cámara, arrastrada por los recipientes llenos de agua, desapareció bajo la superficie del océano.

El descenso fue rápido; a los dos y diecisiete minutos, J. T. Maston y sus compañeros habían llegado al fondo del Pacífico. No vieron más que un desierto árido que ni la fauna ni la flora marítimas animaban ya. A la luz de sus lámparas provistas de fuertes reflectores, podían observar las oscuras capas de agua en un radio bastante extenso, pero el proyectil seguía invisible para ellos.

No puede describirse la impaciencia de aquellos atrevidos buzos. Como su aparato se hallaba en comunicación con la corbeta, hicieron una señal convenida de antemano y el barco paseó por el espacio de un kilómetro y medio la cámara suspendida a unos cuantos metros del suelo.

Toda la llanura submarina fue explorada de este modo. A cada instante eran engañados por ilusiones de óptica que les traspasaban el corazón. Una roca o una desigualdad del suelo, les parecía el proyectil deseado, después reconocían su error y se desesperaban.

—Pero ¿dónde están? ¿Dónde pueden estar? —exclamaba J. T. Maston.

El pobre hombre llamaba a gritos a Nicholl, a Barbicane y a Miguel Ardán, ¡como si sus pobres amigos pudieran oírle!

Las pesquisas continuaron hasta el momento en que el aire viciado obligó a los buzos a subir, operación que duró desde las seis hasta las doce de la noche.

—Hasta mañana –dijo J. T. Maston al poner el pie en el puente de la corbeta.

—Buenas noches —respondió el capitán Blomsberry.

—Mañana en otro sitio.

—Sí, señor.

J. T. Maston no desconfiaba todavía del éxito, pero sus compañeros, menos animados ya que en las primeras horas, comprendían toda la dificultad de la empresa. Lo que parecía facilísimo en San Francisco se presentaba como irrealizable en medio del océano. Las probabilidades de éxito disminuían y había que confiar a la casualidad el hallazgo del proyectil.

El día siguiente, 24 de diciembre, víspera de Navidad, a pesar del cansancio del día anterior, se volvió a emprender la operación. La corbeta se corrió unos cuantos kilómetros al Oeste, y el aparato, provisto de aire, bajó una vez más a los exploradores a las profundidades del océano.

Todo el día se pasó en pesquisas infructuosas, el lecho del mar estaba desierto; el 25 trascurrió sin resultados lo mismo que el 26.

¡Todos pensaban en aquellos desventurados encerrados en el proyectil desde hacia 26 días! Quizá en ese mismo momento sentían los primeros ataques de asfixia, si es que habían salido salvos de la caída. El aire se les agotaba, y con el aire, el valor y el ánimo.

—El aire, puede ser —respondía siempre J. T. Maston—, pero el valor no.

Después de otros dos días de reconocimiento, se perdió toda esperanza. Aquel proyectil era un átomo en la inmensidad del mar; había que renunciar a encontrarlo.

J. T. Maston no quería oír hablar de marcharse, no quería abandonar el sitio sin encontrar por lo menos la sepultura de sus amigos. Pero el comandante Blomsberry no podía demorarse más y, a pesar de las reclamaciones del digno secretario, dio orden de zarpar. El 29 de diciembre, por la mañana, el "Susquehanna" puso la proa al Noroeste, haciendo rumbo hacia la bahía de San Francisco.

Eran las diez, la corbeta se alejaba a media máquina del sitio de la catástrofe, cuando el marinero que estaba de vigía en el mastelero de gavia gritó de repente:

—¡Una boya a sotavento!

Los oficiales miraron en la dirección indicada, y por medio de sus anteojos reconocieron el objeto señalado, que, efectivamente, parecía una de esas boyas que

sirven para balizar los pasos de las bahías o de los ríos. Pero lo curioso era que en su vértice, que sobresalía del agua un metro y medio o dos, se agitaba una bandera. Aquella boya brillaba al sol como si sus paredes fueran de plata bruñida.

Todos habían subido al puente; el comandante Blomsberry, J. T. Maston, los delegados del Club del Cañón y todos examinaban aquel objeto que flotaba a la deriva sobre las olas. Todos miraban con febril ansiedad, pero en silencio, sin atreverse a expresar el pensamiento que se les venía a la mente.

La corbeta se acercó poco a poco y toda la tripulación se estremeció al reconocer el pabellón americano.

Pero en aquel momento se oyó una especie de rugido. Era el bueno de J. T. Maston que acababa de caer sin sentido; olvidándose de que su brazo derecho se hallaba reemplazado por un garfio de hierro, quiso darse una palmada en la cabeza y recibió un golpe terrible que le privó del conocimiento. Al volver en sí, sus primeras palabras fueron:

—¡Ah! ¡Tres veces brutos, idiotas, estúpidos!

—Pero ¿qué sucede, —dijeron todos.

—¿Qué sucede? —J. T. Maston se ahogaba de indignación.

—¡Sí; qué sucede, dígalo de una vez!

—Lo que sucede es que el proyectil no pesa más que 8.660 kilos.

—¿Y qué?

—Que desaloja veintiocho toneladas, y, por consiguiente, ¡flota!

¡Y con qué expresión acentuó la palabra flota! ¡Y era verdad! Todos aquellos sabios habían olvidado esta ley fundamental: que, por efecto de la ligereza específica, el proyectil, después de ser arrastrado en su caída hasta las mayores profundidades del océano, debía naturalmente volver a la superficie. Y en ese momento flotaba tranquilo a merced de las olas...

De inmediato echaron los botes al mar, y a ellos se precipitaron J. T. Maston y sus amigos. La emoción había llegado al colmo; todos los corazones palpitaban, mientras las lanchas se acercaban al proyectil. ¿Qué contendría? ¿Vivos, o muertos? ¡Vivos, sí! ¡Vivos, a no ser que la muerte hubiera sorprendido a Barbicane y a sus dos amigos después de haber arbolado aquella bandera!

Un profundo silencio reinaba en las lanchas; todos los corazones latían agitados; los ojos no veían ya. Uno de los tragaluces se hallaba abierto. Algunos pedazos de cristal, que había quedado en el marco, probaban que se había roto. Aquel tragaluz se hallaba a la altura de un metro y medio sobre las olas.

La lancha de J. T. Maston se acercó y éste se precipitó hacia el cristal roto... en el momento en que se oyó la voz alegre y clara de Miguel Ardán, que gritaba con acento de triunfo:

—¡Blancas, Barbicane; cerrado a blancas!

Barbicane, Miguel Ardán y Nicholl jugaban al dominó.

CAPÍTULO XI

SACANDO CONCLUSIONES

No ha sido fácil olvidar las simpatías con que el mundo entero acompañó a los tres intrépidos viajeros cuando emprendieron su sin par empresa. Su regreso, ¿no iba a provocar iguales reacciones de los millones de espectadores que habían invadido la península floridana? No cabía duda de que ahora todo el mundo quería oír y ver a Barbicane, Nicholl y Miguel Ardán. Y en todas partes serían recibidos como lo sería el profeta Elías cuando vuelva a la Tierra. Este deseo iba a ser una realidad muy pronto para todos los habitantes de la Unión americana.

Barbicane, Miguel Ardán, Nicholl y los delegados del Club del Cañón llegaron sin tardanza a Baltimore, donde fueron recibidos con indescriptible entusiasmo. Las notas del presidente Barbicane estaban próximas a publicarse. El "New York Herald" compró aquel manuscrito a un precio que aún se ignora, pero que debió ser elevadísimo. De hecho, la tirada de aquel periódico llegó a cinco millones de ejemplares durante la publicación del Viaje a la Luna. Tres días después del regreso de los viajeros a la Tierra, se conocían ya los menores detalles de su expedición; no quedaba más que ver a los héroes de aquella empresa sobrehumana.

La exploración de Barbicane y de sus amigos alrededor de la Luna había permitido comprobar las diferentes teorías existentes respecto del satélite de la Tierra. Aquellos sabios lo habían observado en directo, y en condiciones particulares.

El Club del Cañón deseaba celebrar naturalmente el regreso del más ilustre de sus miembros y de sus dos compañeros, y dispuso un banquete, pero un banquete digno de los triunfadores y del pueblo americano, y realizado en tales condiciones que pudieran participar en él todos los habitantes de la Unión.

Todas las estaciones de la línea de los ferrocarriles del Estado se pusieron en comunicación por medio de carriles volantes. En todas las estaciones, empavesadas con las mismas banderas y adornadas del mismo modo, se dispusieron mesas servidas uniformemente. A horas determinadas con exactitud por medio de relojes eléctricos que iban al segundo, se invitó a las respectivas poblaciones a sentarse a las mesas del banquete.

Durante cuatro días, desde el 5 al 9 de enero, los trenes estuvieron suspendidos como lo están el domingo en todos los ferrocarriles de la Unión y todas las vías quedaron expeditas.

Sólo una locomotora de gran velocidad, arrastrando un vagón de honor, tuvo derecho a circular durante esos cuatro días por los ferrocarriles de los Estados Unidos.

La locomotora, conducida por un fogonero y un mecánico, llevaba como huésped de honor al honorable J. T. Maston, secretario del Club del Cañón. El vagón estaba reservado al presidente Barbicane, al capitán Nicholl y a Miguel Ardán.

Corrían a una velocidad de 360 kilómetros por hora, pero esa velocidad no podía compararse a la que había llevado a los tres heroicos aventureros cuando salieron del "Columbiad".

De esta manera fueron visitando ciudad por ciudad; en cada una las poblaciones estaban sentadas a las mesas, saludándolos con iguales exclamaciones de júbilo. Recorrieron la Unión de un extremo al otro, por el Este y el Oeste, y Norte y el Sur, y después de pasar por Washington llegaron a Baltimore, y durante esos cuatro días, se hicieron la idea de que los Estados Unidos de Norteamérica, asistiendo a una larga mesa de un banquete único, y enorme, los saludaban simultáneamente con los mismos hurras.

La apoteosis era realmente digna de esos tres héroes; la fábula los hubiese incorporado a la categoría de semidioses.

Ahora bien. Esta tentativa sin precedentes en la Historia, ¿dejaría alguna conclusión práctica? ¿Se establecerían en el futuro comunicaciones con la Luna? Algún sistema de locomoción, ¿permitiría visitar los soles que brillan como luciérnagas en el firmamento?

Sería difícil responder a estas preguntas. Pero quien conoce el audaz ingenio de la raza anglosajona, no podría extrañarse si los americanos intentan sacar provecho del viaje del presidente Barbicane y sus amigos. De modo que poco después del regreso de los viajeros espaciales el público recibió con entusiasmo el anuncio de la formación de una Sociedad en Comandita, cuyo capital sería de cien millones de dólares divididos en acciones de mil dólares cada una, y que operaría bajo el nombre de Sociedad Nacional de Comunicaciones Interestelares. Barbicane figuraba como presidente; vicepresidente, el capitán Nicholl; secretario administrativo, J. T. Maston, y director de movimientos, Miguel Ardán.

Y se designó por adelantado, como juez comisario, al honorable Harris Troloppe y como síndico, a Francis Dayton. Corresponde al temperamento de los americanos preverlo todo, inclusive el fracaso en los negocios.